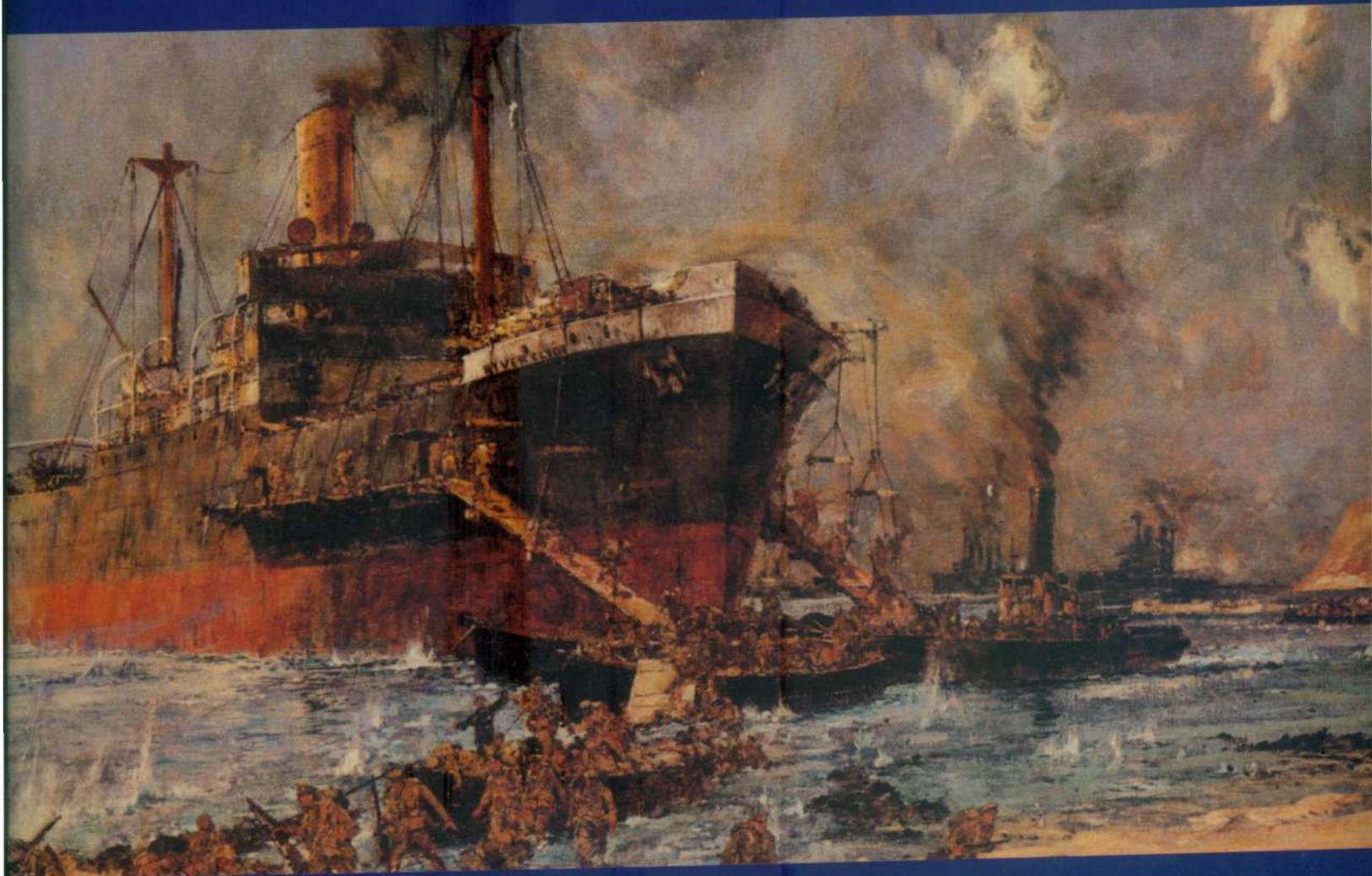


ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA I GUERRA MUNDIAL (II)

12



Editorial
Punto



— ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS —

GRANDES BATALLAS

— DE LA I GUERRA MUNDIAL —

(II)

Bompo

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA I GUERRA MUNDIAL

(II)

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Luis Ogg

Título original:
Great Battles of World War I
A Marshall Edition

© Marshall Editions Limited
© para la presente edición: Editorial Rombo 1994

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de manera alguna ni por
ningún medio, ya sea éste electrónico, mecánico,
óptico, de grabación magnética o xerografiado,
sin la autorización del editor

ISBN: 84-86579-57-0 (Volumen 12)
84-86579-61-9 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S.A (13-2-1995)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain

SUMARIO

La primera batalla de Ypres - <i>Octubre-noviembre de 1914</i>	46
La Campaña de Gallípoli - <i>Marzo de 1915-enero de 1916</i>	54
Acción y estancamiento - <i>1915</i>	62
La batalla de Verdún - <i>Febrero-diciembre de 1916</i>	66
La batalla de Jutlandia - <i>31 de mayo de 1916</i>	78

La primera batalla de Ypres Octubre-noviembre de 1914

La Primera Guerra Mundial se caracterizó por la falta de inventiva y el tozudo mantenimiento de estrategias desacreditadas en las filas de los estados mayores; sin embargo, ocasionalmente los estados mayores de ambos bandos rivales realizaban maniobras brillantes. Entre éstas se ha de contar la transferencia de la BEF del Aisne a Flandes.

En los días finales de septiembre de 1914, después de la batalla del Marne, el estancamiento se instaló en la línea del Aisne. Sir John French, comandante en jefe de la BEF, propuso al comandante en jefe francés, el general Joseph Joffre, trasladar el ejército británico al norte. Tenía para ello dos argumentos de peso: no sólo acortaría las líneas de comunicaciones de la BEF con sus bases en Inglaterra, sino que también se podría concentrar en una región a las tropas británicas, trasladadas permanentemente a través del canal. Joffre se convenció ante estas razones y la BEF alcanzó sus posiciones en Flandes entre el 16 y el 18 de octubre.

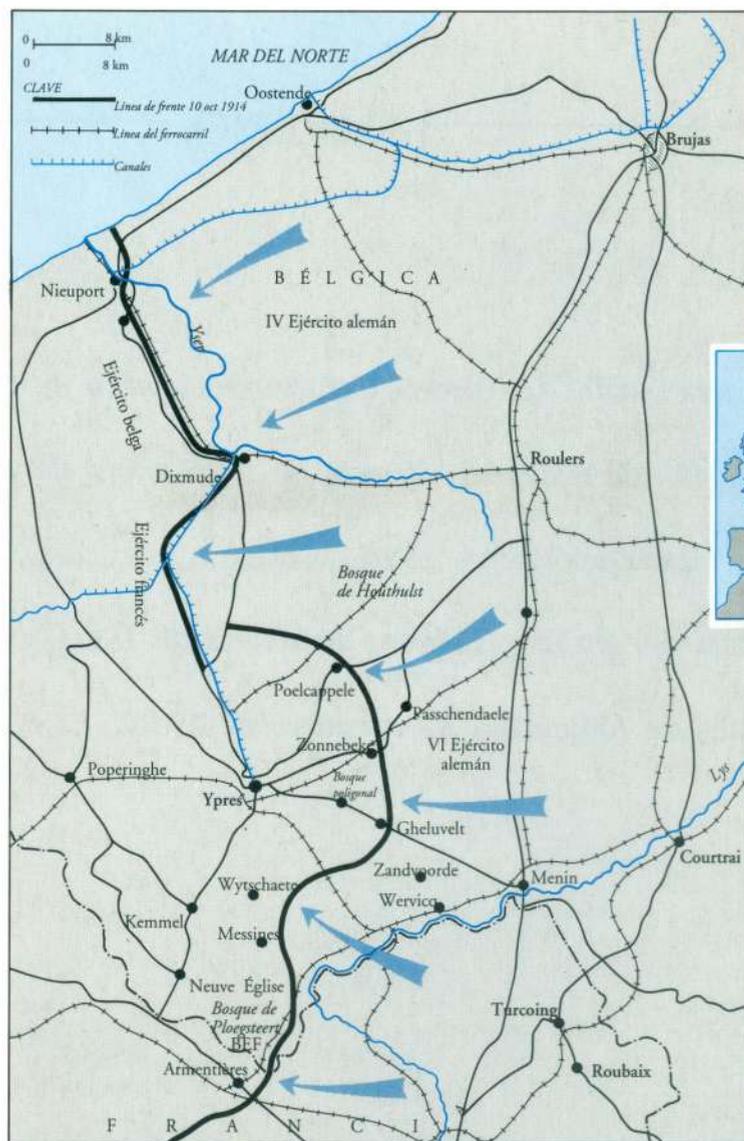
Mover, así, en secreto, todo un ejército, ante la vista del enemigo, fue una verdadera hazaña de organización y trabajo del estado mayor. Los complicados desplazamientos se realizaron sin un obstáculo: las unidades británicas abandonaban posiciones de artillería de las que se hacían cargo rápidamente las unidades francesas; mientras los batallones británicos se iban de noche entraban sus sustitutos franceses... Todo eso, sin que en ningún momento los alemanes dieran señal alguna de darse cuenta de lo que pasaba.

Cuando el general Joffre desplazó a sus tropas hacia el norte, los alemanes lo siguieron. Con eso debilitaban su línea sur, permitiendo retirar de este sector hacia el norte más unidades aliadas. La BEF abarcaba ahora seis divisiones, una brigada de infantería y dos divisiones de caballería.

Mientras tanto se inició el asedio de Amberes. Recordando cómo se habían tomado las fortalezas de Lieja y Namur, antes de la batalla del Marne, a un coste relativamente bajo, por el uso de un obús nuevo y altamente eficaz, el general Erich von Falkenhayn pidió una versión de 42 cm de esta arma formidable e inició el bombardeo de las fortificaciones exteriores de la ciudad, la noche del 27 al 28 de septiembre.

Los aliados de Bélgica eran incapaces de ofrecer ninguna ayuda real, pero por lo menos Winston Churchill, entonces primer lord del Almirantazgo, entendió la enorme importancia estratégica de Amberes. Con argumentos apasionados arrancó al Gabinete de Guerra británico el permiso para enviar tres brigadas navales con las que fortificar la ciudad. No era más que un gesto, pero ayudó a mantener la moral de los belgas.

Debido en parte a la presencia británica, el ejército belga pudo empezar a evacuar Ambe-



La «carrera hacia el mar»

Sólo después de su derrota en el Marne y la retirada forzada hasta el Aisne apreciaron los alemanes la importancia de los puertos del canal de La Mancha, ignorados en el plan Schlieffen. Dunquerque, Boulogne y Calais, por donde las municiones y tropas británicas podían pasar en cantidades crecientes, habrían podido ser tomados a un coste reducido durante el avance inicial alemán, mientras que ahora serían difícilmente ocupables.

El general Erich von Falkenhayn, que había sustituido al desacreditado Moltke como jefe del Estado Mayor, el 14 de septiembre de 1914, decidió como primera medida reducir la fortaleza de Amberes, donde en agosto se había refugiado el rey Alberto con el tenaz ejército de campaña belga de seis divisiones. De acuerdo con el plan Schlieffen, los alemanes la habían dejado de lado durante su avance al norte de

Francia, pero ahora Amberes adquiría una importancia crucial. Si no se tomaba, significaría una amenaza grave para la ofensiva alemana por la derecha, si ésta concretaba —como planeaba Falkenhayn— un segundo intento de superar el flanco izquierdo aliado.

En ambos lados se movieron grandes cantidades de tropas, al norte del frente, después del punto muerto del Aisne. Estas maniobras, facilitadas por los buenos sistemas ferroviarios comarcales, tanto franceses como alemanes, se conocieron erróneamente como «carrera hacia el mar». En efecto, al principio ninguna de las partes trataba de alcanzar el flanco defensivo del mar del Norte; cada una, más bien, intentaba pasar por detrás del flanco norte del enemigo en el único lugar donde la guerra de desplazamientos era todavía posible en el frente del Oeste.



El rechazo del 3º Cuerpo de reserva alemán y el río IJzer inundado quedan vívidamente retratados en esta litografía en colores.

El rey Alberto de Bélgica, en un intento desesperado de detener el avance enemigo, había ordenado abrir en Nieuwpoort las compuertas del río canalizado: miles de soldados alemanes fueron atrapados por él y se ahogaron por la crecida de las aguas.

El fusil, arma de la infantería

El arma de fuego del soldado de infantería de la Primera Guerra Mundial era el fusil de cerrojo, y los fusiles de todos los ejércitos eran, fundamentalmente, iguales. Algunos tenían ciertas ventajas o eran más fiables, pero ninguno era notablemente superior.

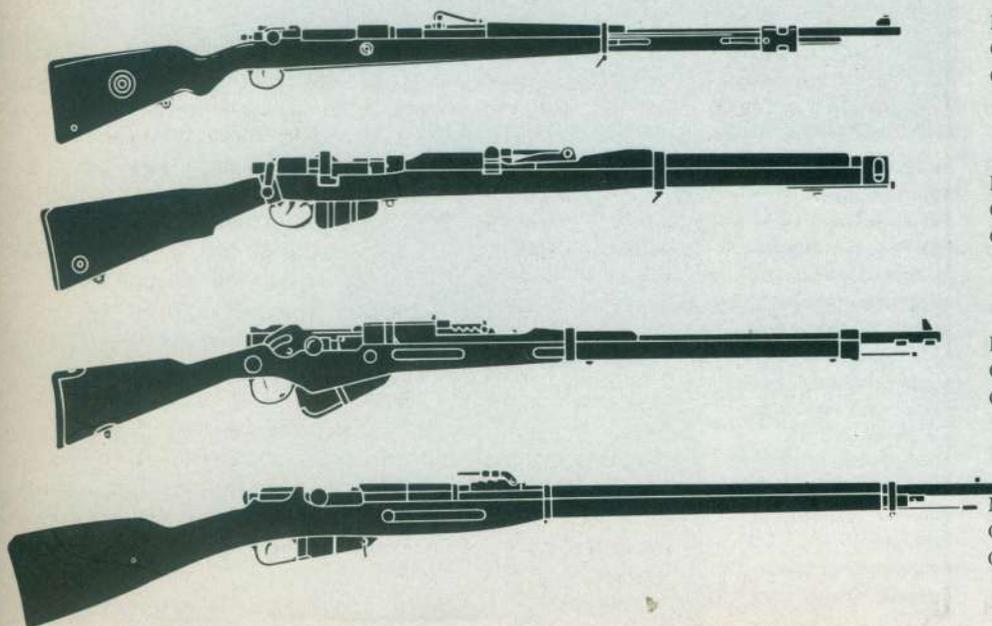
Puesto que el fusil era la principal arma del infante, tanto para la defensa como para el ataque, lo trataba con mucho cuidado. En efecto, en los ejércitos eslavos, la ceremonia formal du-

rante la cual se entregaba su fusil al soldado era el paso de recluta a combatiente.

La diferencia de actitud de la fusilería entre los ejércitos británico y continentales era muy acusada. Los británicos, con la experiencia en la guerra de los Bóers, habían diseñado un fusil estándar, ligero, que contenía el mayor número de cartuchos posible y disparaba a un blanco preciso. El Lee-Enfield tenía un cargador con 10 cartuchos y un cerrojo de acción rápida gi-

rado hacia abajo; eso daba a un fusilero una velocidad de disparo de 15 tiros por minuto o más.

Las potencias continentales fabricaban fusiles más pesados, con cargadores de menor capacidad. Se usaban para efectuar disparos masivos, sin apuntar, hechos desde la cadera por soldados que avanzaban en grupo, mientras que un infante británico estaba instruido para disparar acostado y contra un blanco determinado.



Mauser M1898 alemán

Calibre: 7,2 mm. Longitud: 125 cm. Peso: 4,3 kg.
Cargador: 5 cartuchos. Velocidad de salida: 762 m/s.

Lee-Enfield MkIII de cargador corto británico

Calibre: .303". Longitud: 113 cm. Peso: 4 kg.
Cargador: 10 cartuchos. Velocidad de salida: 628 m/s.

Lebel M1916 francés

Calibre: 8 mm. Longitud: 130 cm. Peso: 4,25 kg.
Cargador: 8 cartuchos. Velocidad de salida: 725 m/s.

Moisin-Nagant M1891 ruso

Calibre: 7,62 mm. Longitud: 130,5 cm. Peso: 4,4 kg.
Cargador: 5 cartuchos. Velocidad de salida: 811 m/s.

PRIMERA BATALLA DE YPRES/2

res el 8 de octubre y realizar una retirada ordenada a lo largo de la costa. Estuvo cubierto por el 4º Cuerpo del teniente general sir Henry Rawlinson, que, dos días antes, había desembarcado en Oostende y Zeebrugge. Los habitantes de Amberes se rindieron el 10 de octubre.

Para la segunda semana de ese mes la línea aliada, que recorría casi 800 km desde el mar del Norte hasta Suiza, comprendía, en primer lugar, el ejército belga en retirada, luego el VIII Ejército francés con (más a su derecha y al sur) la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF). Más allá, la línea pasaba a la responsabilidad del X Ejército francés. Durante esa semana, la BEF avanzó hacia el este; el 2º Cuerpo hacia La Bassée, el 3º en dirección a Armentières y el 1º Cuerpo hacia el norte, más allá de Ypres (Ieper).

Ni el mariscal Joffre, ni el general Foch (su vice en el norte) ni sir John French habían esperado un ataque alemán en Flandes. En efecto, creían que la fuerza alemana en la región debía de ser, a lo sumo, de un cuerpo, aunque la información británica la había estimado en tres cuerpos y medio; incluso eso demostró ser, en su momento, una subestimación. Así, mientras los aliados creían estar haciendo un movimiento de envolvimiento, en realidad estaban a punto de ser atacados.

El 2º Cuerpo británico encontró al enemigo el 10 de octubre al oeste de La Bassée, pero, a la vista de los duros combates, el impulso alemán quedó agotado 10 días después, con los británicos todavía a 1,5 km al oeste de la población. El 3º Cuerpo, mientras tanto, aunque con un coste importante, había avanzado hacia el este y llegado a Armentières. Desde aquí esperaba dominar los puentes sobre el Lys mientras el Cuerpo de Caballería, a las órdenes del mayor general sir Edmund Allenby, se alineaba a su derecha; así, creían, podrían atacar a los alemanes por su flanco derecho. Los alemanes, por su parte, estaban temporalmente seguros tras los puentes y permanecieron quietos mientras esperaban la llegada de un nuevo ejército de voluntarios.

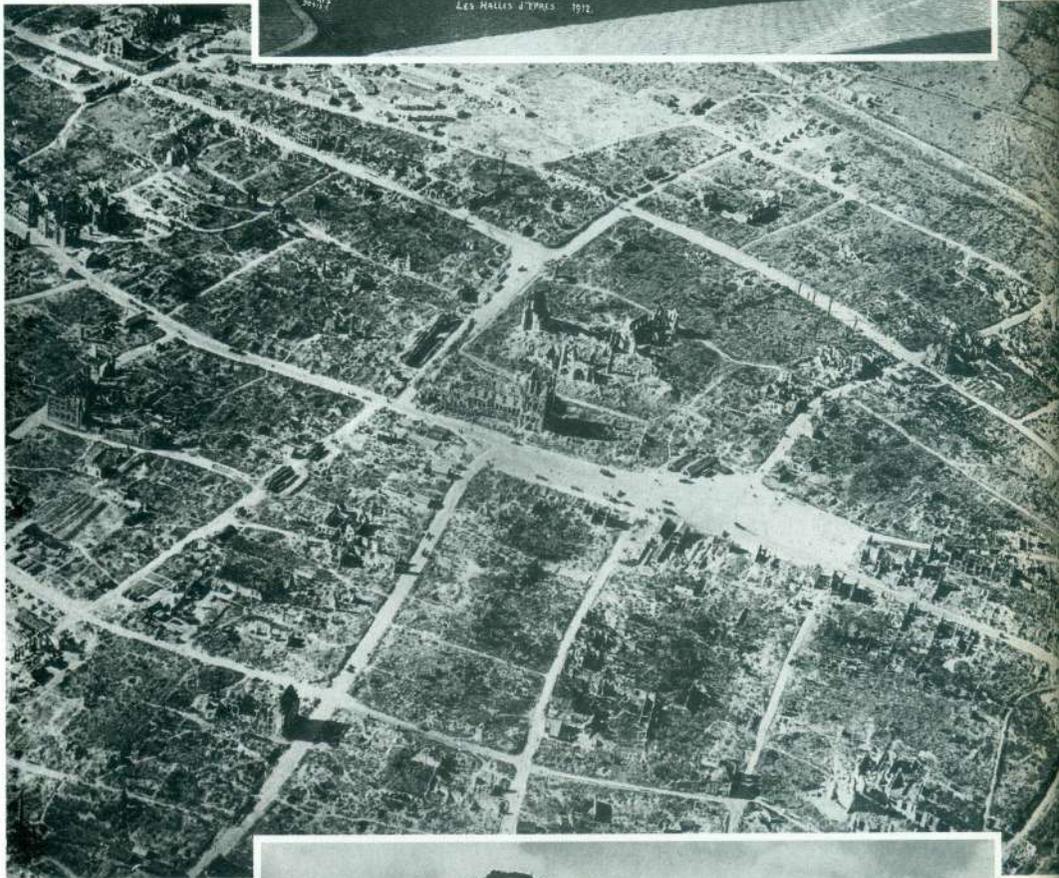
El 1º Cuerpo, mandado por el general sir Douglas Haig y asentado en el norte, a través de Ypres había formado una avanzadilla en la línea, en dirección este. Cuando, el 21 de octubre, su ala izquierda empezó a estar en peligro, los soldados se atrincheraron y se estableció la línea más avanzada.

La primera batalla de Ypres tuvo tres fases distintas: las maniobras realizadas por los cuatro ejércitos aliados en posición, hacia el 20 de octubre; los ataques alemanes contra el Izer y en La Bassée y Arras, y los ataques contra la avanzada británica que se había formado al este de Ypres.

Durante los primeros días de octubre, los Aliados creyeron que Amberes podría resistir el asedio. Y Joffre, que planeaba extender su

La ciudad de Ypres (Ieper) era conocida desde tiempos medievales por la calidad de sus tejidos.

Estas dos vistas, tomadas desde el mismo punto a seis años de distancia, muestran la vieja Lonja de los Paños. El edificio, tal como quedó en 1918, *abajo*, ofrece un contraste terrible con la foto tomada en 1912, *derecha*.



En 1914, Ypres era un importante centro de comunicaciones regionales, pero aunque fue arrasada por el constante bombardeo de artillería, los alemanes no pudieron tomarla. Lo que quedaba de la Lonja de los Paños y de la catedral de San Martín en 1918, *centro*, era sólo un montón de escombros. La carretera de la derecha conduce al monumento conmemorativo de la Puerta de Menen.



Después de fracasar en el intento de hacerse con las defensas belgas a lo largo de la costa del mar del Norte, el objetivo principal del ataque alemán en Flandes, en otoño de 1916, era la captura de Ypres.

La ciudad se hallaba en la llanura costera flamenca, con una cadena de colinas bajas entre 4 y 6,5 km de distancia. Estas colinas descendían desde el Wytschaete (46 m), a través de Cerbrandenmolen y Gheluveldt hasta Passendaele (21 m) al noroeste.

Ypres era un activo centro de comunicaciones, con carreteras y vías férreas que irradiaban desde él en todas direcciones. También dominaba una parte del canal del IJzer que iba hasta Comines en la frontera francesa.

Era evidente que si los alemanes conseguían hacerse tanto con las colinas como con la ciudad, podrían introducir una cuña entre los ejércitos aliados. Y, aprovechándose de la posición de Ypres, podrían conquistar, sin grandes

dificultades, la llanura costera y los puertos.

Los esfuerzos alemanes por atravesar Ypres empezaron en la tercera semana de octubre y, a medida que avanzaba el mes, se hicieron cada vez más empeñosos. En el norte, el IV Ejército golpeaba a los franceses que comandaba De Mitry, mientras que al sur de la línea férrea Ypres-Roulers, los alemanes se toparon con los británicos. Debajo de la carretera de Menen, el VI Ejército se encontró en acción contra la BEF.

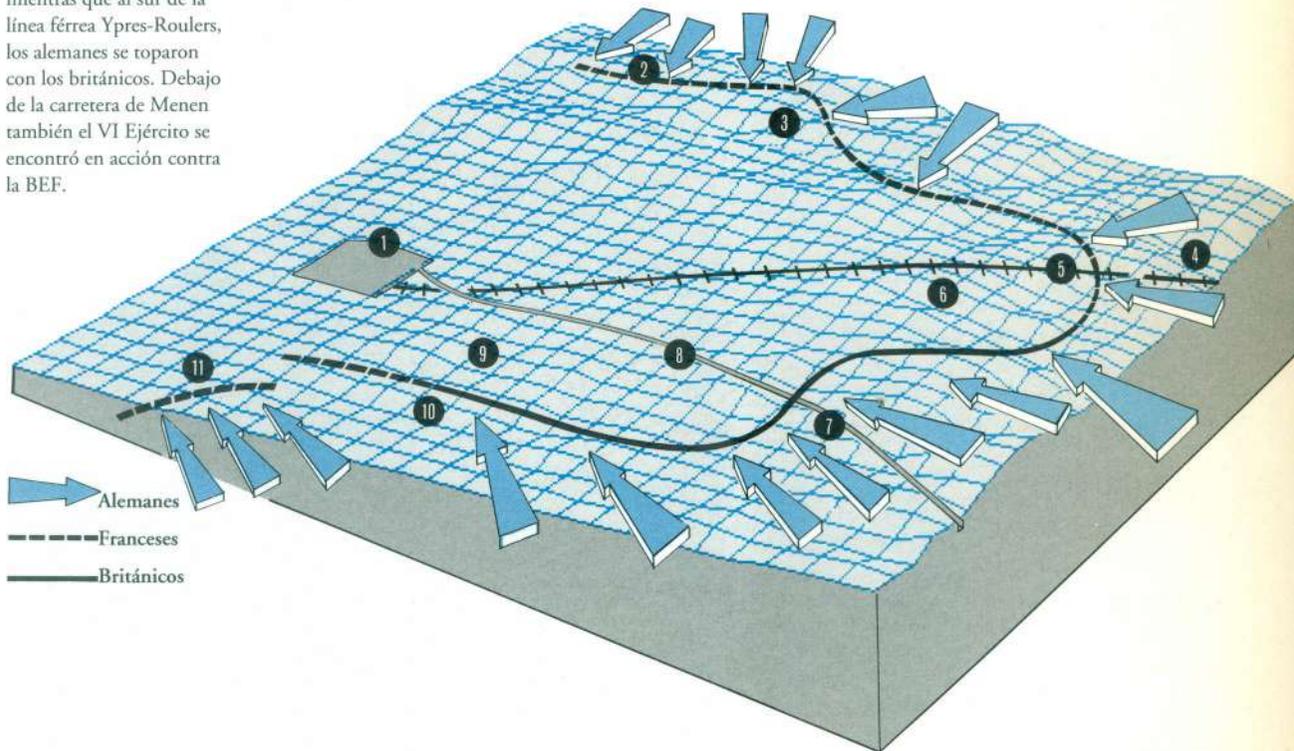
A pesar de sus renovados ataques, a principios de noviembre, las tropas alemanas no pudieron romper las líneas. Hicieron sus últimos esfuerzos el 10 y 11 de noviembre. El ala derecha

sólo ganó 1,5 km, la izquierda nada en absoluto y en el centro de la avanzada, a lo largo de la carretera de Menen, el recién formado grupo de ejército de Linsingen se

encontró con una resistencia tenaz.

Desapareció toda esperanza de reducir la posición y rodear la ciudad y los alemanes cesaron en sus esfuerzos. De ahora en adelante, la guerra en el oeste se desarrollaría en las trincheras.

- 1 Ypres (Ieper)
- 2 Bixschoote
- 3 Langemarck
- 4 Passendaele
- 5 Vía férrea Ypres-Roulers
- 6 Zonnebeke
- 7 Gheluveldt
- 8 Carretera de Menen
- 9 Zillebeke
- 10 Verbrandenmolen
- 11 Voormezeleep



flanco izquierdo antes de envolver a la derecha alemana, pidió al rey Alberto de los belgas que abandonara la costa del mar del Norte y avanzara tierra adentro con el ejército belga para unirse a su maniobra de giro. Con una visión estratégica superior, el rey Alberto rechazó acceder a la petición del comandante francés. Para gran suerte de los Aliados, como se pudo comprobar, pues en unos días Falkenhayn trasladaría a todas sus tropas de la región de la rendida Amberes, junto con formaciones adicionales de voluntarios, reforzados por unidades regulares, en un golpe masivo línea costera abajo, con el fin de rodear el flanco del optimista Joffre.

Gracias a la previsión del rey Alberto, el ejército belga, aunque en retirada, permaneció intacto en la costa. Sin embargo, los belgas se veían duramente presionados y no consiguieron detener el avance alemán hasta el IJzer, en las proximidades de Diksmuide. El 24 de octubre, los belgas abrieron las compuertas del río canalizado en Nieuwpoort, al sudoeste de Oostende, permitiendo que el mar inundara gradualmente grandes zonas de

las tierras bajas, situadas en el camino por el que avanzaba el enemigo. El 28 de octubre, los alemanes se vieron rechazados por la crecida de las aguas: muchos se ahogaron y se perdieron grandes cantidades de armas.

Ese baluarte acuático no dejó a los alemanes otra opción que volver la masa de su fuerza contra la avanzada británica al norte, este y sur de Ypres. A partir del 29 de octubre, los combates fueron continuos, de noche y de día, en condiciones dominadas por el barro y el frío invernal. Al principio, los alemanes consiguieron penetrar por un solo punto al norte de la línea británica. Luego fue quebrado el flanco sur británico por un nuevo ejército alemán de seis divisiones y artillería concentrada, que se movía desde las colinas de Zandvoorde y Messines (Menen). Aquí, la superioridad numérica alemana de 2 a 1 hizo un hueco en las líneas que sólo se pudo tapan insuficientemente.

El golpe cayó sobre la 7ª División y la caballería de Allenby, que conectaba el cuerpo de Haig con el 3º Cuerpo al sur. El 31 de octubre —tercer día de incesante ataque ale-

mán— el centro de Haig se derrumbó en Gheluveldt y ordenó la retirada hasta una línea que a duras penas cubría Ypres. Poco después, sin embargo, un contraataque británico tomó a los alemanes —a la sazón victoriosos y satisfechos— totalmente por sorpresa y los expulsó de Gheluveldt, restableciendo la situación. Más tarde, las tropas fueron retiradas de nuevo para reforzar la línea.

Parecía que French ya no estaba en contacto con la realidad, pero la ineptitud alemana vino en su ayuda, porque el enemigo fue incapaz de explotar las penetraciones que había conseguido. El 1 de noviembre, los alemanes volvieron a atacar el extremo de la avanzada, pero esa vez de noche, estratagema que les permitió capturar las colinas de Messines. A la mañana siguiente llegaron fuerzas francesas en apoyo de la golpeada línea británica.

Entonces, el 10 de noviembre, los alemanes lanzaron un ataque masivo contra French, al norte de la avanzada, hacia Diksmuide. Fue detenido, pero al día siguiente —11 de noviembre— los alemanes lanzaron un nuevo ataque de la 4ª División de la Guar-

PRIMERA BATALLA DE YPRES/3

La inundación belga de las tierras bajas, cerca de la desembocadura del río IJzer, en octubre de 1914, forzó el asalto principal alemán al sur. Lanzaron un ataque violento contra la posición avanzada en la que se había establecido la BEF alrededor de Ypres, con el objeto de

hacerse con la cadena de colinas que iba desde Passendaele hasta más allá de Menen.

A lo largo de la carretera de Ypres a Menen, casi en su punto más alto, estaba Gheluveldt, bloqueando el acceso más fácil a Ypres, y que ofrecía una

buena visión panorámica sobre la zona de sus alrededores.

El 29 de octubre, oleada tras oleada de tropas alemanas cayeron sobre los británicos que defendían el pueblo, empujándolos lentamente hacia atrás.

A media mañana del 31 de octubre, los alemanes habían alcanzado el propio pueblo. Los hombres del 2/Welch Borderers, del 1/South Wales Borderers y del 1/Scots Guards, atrincherados al norte de la carretera de Menen,

cayeron bajo pesado fuego artillero y fueron empujados hasta los terrenos y los establos del castillo.



• Para evitar que la línea cediera era esencial montar un contraataque. Poco después de las 12.00 h, el brigadier general C. Fritz Clarence, al mando del frente en la carretera de Menen, llamó a sus últimas reservas, el 2º Batallón del Regimiento de Worcestershire.

Los hombres descansaban al sol en el borde del bosque de Polygon, después de casi 10 días en primera línea, cuando llegó la orden.

A las 12.45 h, la compañía A avanzó hasta un punto del terraplén de la vía férrea (6) para evitar que los alemanes salieran de Gheluveldt (5).

Se enviaron exploradores, a las 13.45 h, para cortar eventuales alambres y se repartieron municiones adicionales a las compañías B, C y D. A las 14.00 h, 370 hombres, entre ellos 7 oficiales mandados por el comandante E.B. Hankley, avanzaron en fila con las bayonetas caladas, a lo largo de la linde del bosque del Rincón de la Guardia Negra y a través del somero Reutelbeek.

A la sombra de un bosquecillo, las compañías se extendieron en dos hileras, luego avanzaron por los campos abiertos hasta la cima de la colina de Polderhoek. Aquí cayeron bajo la artillería alemana, y más de 100 hombres quedaron muertos o heridos.

Las filas desordenadas de soldados (1) llegaron a los terrenos del castillo. Los oficiales corrían delante con las espadas desenvainadas (3), arrastrando a sus hombres.

Los alemanes, jóvenes bávaros del 16º Regimiento de Reserva, habían estado ocupados tratando de rodear a los soldados de los South Wales Borderers, que habían ocupado algunas casas extremas, temprano en la mañana, y todavía resistían. Tomados por sorpresa, muchos fueron muertos (2), mientras otros se refugiaban entre los árboles.

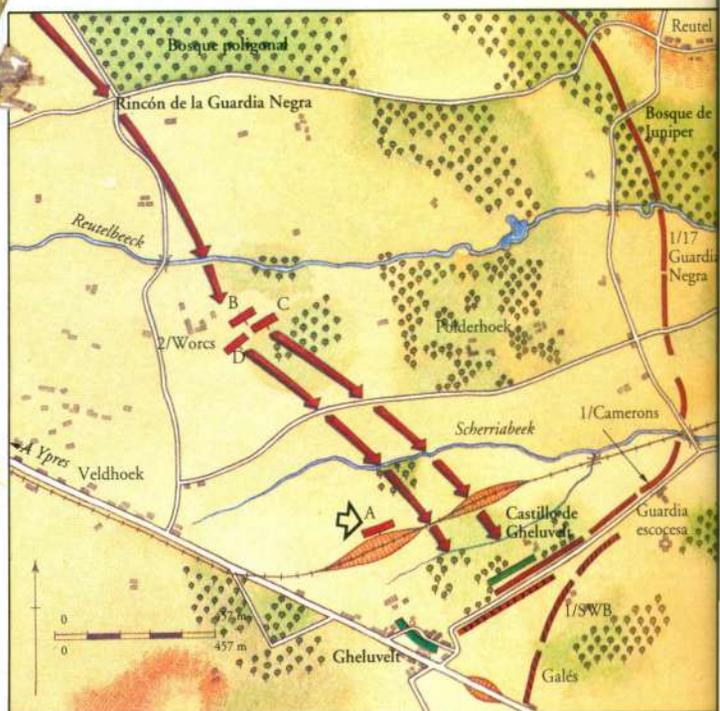
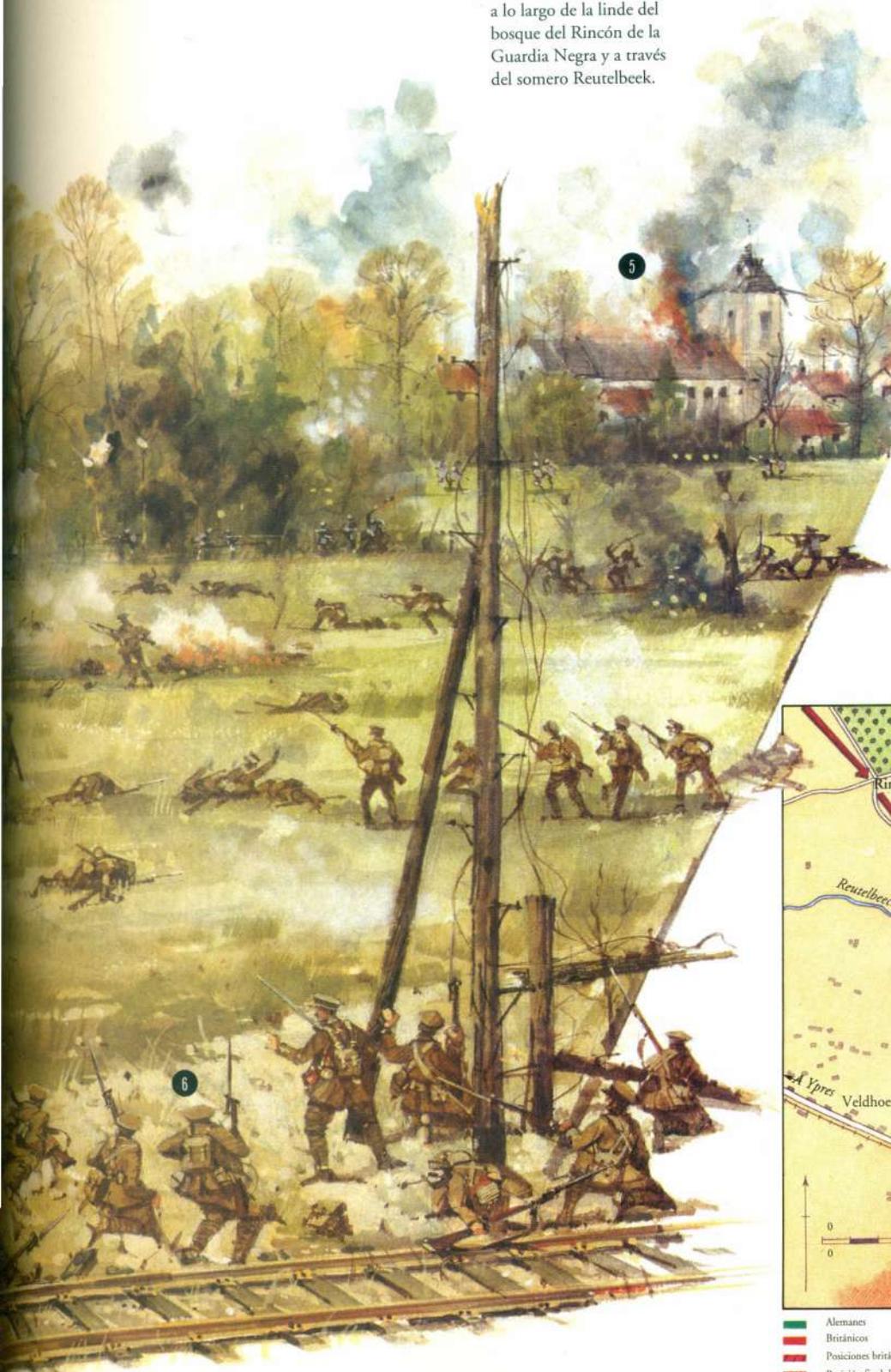
Los hombres de la Compañía C corrieron adelante (4) y se desarrolló un combate a corta distancia, pero los alemanes opusieron poca resistencia y pronto se retiraron.

A los de Worcestershire se unieron en el Prado del castillo los de South Wales Borderers, que los saludaron con alivio y gratitud.

Las compañías B, C y D se posicionaron entonces a lo largo de la carretera hundida, que retuvieron bajo un duro bombardeo.

La Compañía A expulsó a la mayoría de los alemanes del pueblo en llamas durante la tarde, pero poco después de las 18.00 h, todas las tropas británicas fueron retiradas, gracias a la protección de la oscuridad, a posiciones menos expuestas en Veldhoek.

Gheluveldt permaneció en manos alemanas hasta el 27 de septiembre de 1918, pero el valiente contraataque de los de Worcestershire, en el que resultaron heridos o muertos 187 hombres, ayudó a salvar Ypres de una conquista casi segura.



■ Alemanes
 ■ Británicos
 ■ Posiciones británicas por la mañana
 ■ Posición final de las compañías B, C y D



BRITONS



"WANTS YOU"

JOIN YOUR COUNTRY'S ARMY!
GOD SAVE THE KING

Reproduced by permission of LONDON OPINION



"BE HONEST WITH YOURSELF. BE CERTAIN THAT YOUR SO-CALLED REASON IS NOT A SELFISH EXCUSE"

LORD KITCHENER

ENLIST TO-DAY

LOS COMANDANTES

En 1914, la fuerza de la BEF residía en que sus soldados, como éstos, *izquierda*, en una trinchera improvisada en el bosque de Ploegsteert, cerca de Ypres, eran hábiles profesionales. Pero el pequeño ejército quedó casi borrado en las batallas de Mons, del Marne y la primera de Ypres, de manera que lord Kitchener, secretario de estado para la Guerra, se dispuso a reclutar un gran ejército de voluntarios para sustituir a la BEF.

Hizo amplio uso de carteles de reclutamiento, el más celebrado de los cuales fue el que mostraba su retrato. Otros apelaban a la conciencia de los hombres, a la vez que daban una imagen actualizada y más convincente del ejército, con aviones y grandes cañones.

Los esfuerzos de Kitchener aumentaron el ejército británico de 20 divisiones en 1914 a 70 en 1916, cuando se introdujo la conscripción.

El mariscal sir John French (1852-1925) había tenido una larga carrera militar antes de la guerra, que culminó con su nombramiento como jefe del Estado Mayor Central en 1912. Mandó la BEF desde 1915 hasta diciembre de 1916, cuando fue sustituido por Haig y fue destinado a reorganizar las defensas domésticas.

FRENCH



Su principal defecto era una naturaleza voluble que lo hacía pasar de un injustificado optimismo a una desesperación innecesaria. En Ypres, cuando finalmente comprendió el peligro del avance alemán, pasó de la satisfacción a la defensa del establecimiento de un campamento en Boulogne, desde el que se pudiera evacuar rápidamente la BEF. Pero también era susceptible al halago y las lisonjas de Foch le indujeron a mantenerse firme en Ypres.

Alberto I, rey de Bélgica (ver 1909-1934), dirigió el ejército de su país durante toda la guerra, y la valiente resistencia belga contribuyó mucho al éxito aliado. El 24 de agosto de 1914, para aliviar a los franceses y británicos que combatían junto al Sambre y en Mons, Alberto ordenó una salida contra el flanco derecho alemán que coligó cuatro divisiones de reserva y tres brigadas de Landwehr. Una segunda salida belga redujo la fuerza alemana en el Marne.

Su tenaz defensa de Amberes y la posterior decisión de abrir las compuertas del IJzer fueron cruciales



EL REY ALBERTO

para el exitoso resultado de las operaciones en Ypres. En 1918, Alberto dirigió la ofensiva para reconquistar la costa belga.

Después de la guerra hizo mucho para mejorar las condiciones sociales en el país y en el Congo. Murió en un accidente de montañismo, durante una escalada, en 1934.

dia en el sector sur contra la 1ª Brigada de la Guardia británica: las dos mejores unidades de los ejércitos enemigos. Los alemanes atravesaron la línea británica pero, una vez más, resultaron incapaces de afianzar su éxito y fueron rechazados por las últimas reservas aliadas.

Con el fracaso alemán terminó la crisis aliada de Ypres, pues se habían aportado cada vez más tropas francesas para apoyar el flanco sur de la avanzada. Los ataques alemanes flaquearon, luego prácticamente cesaron; aunque hubo luchas espasmódicas hasta el 22 de noviembre, el intenso frío puso fin a las actividades en gran escala.

Una verdad de la guerra moderna, revelada por primera vez en la guerra ruso-japonesa (1904-1905), había sido subestimada porque los jefes de ninguno de los bandos la comprendía todavía plenamente; el armamento defensivo más que igualaba a la infantería atacante. Los alemanes, en efecto, habían quedado tan confundidos por la fusilería británica, que creían que el enemigo estaba equipado con gran cantidad de ametralladoras. De hecho, los británicos apenas tenían (a menudo menos de dos por batallón), pero sus infantes dominaban el tiro rápido de fusil. Eran habi-

tuales los 15 tiros por minuto y muchos soldados expertos eran capaces de disparar 30.

Pero los británicos pagaron un precio muy alto por su resistencia prolongada, tenaz y finalmente victoriosa. Entre el 14 de octubre y el 30 de noviembre las bajas alcanzaron unos 58.000 hombres. El total, desde el estallido de la guerra hasta el 30 de noviembre, era de casi 90.000; un número desproporcionada-

mente alto de ellos eran oficiales jóvenes y soldados regulares de largo servicio. Sólo la 7ª División perdió a todos menos 44 de sus 400 oficiales y 2.336 de sus 12.000 hombres.

Las bajas alemanas en los combates de Ypres no se conocen con precisión, pero sus pérdidas totales en el frente del Oeste, desde mediados de octubre al 30 de noviembre, fueron no mucho menos de 150.000.

El inicio del estancamiento

La primera batalla de Ypres se considera una de las grandes victorias aliadas, principalmente británicas, de la guerra. Los alemanes habían reunido 402 batallones entre Armentières y el mar del Norte, frente a los cuales los Aliados sólo tenían 267. Además, los alemanes tenían una fuerza doble de caballería.

Las consecuencias de la batalla y de la campaña fueron en realidad equitativas. Los alemanes no consiguieron los puertos del canal de La Mancha, pero el pequeño ejército profesional británico, pese a su victoria, quedó casi destruido.

La batalla también fue un hito en la dirección

de la guerra, puesto que en adelante los dos bandos se enterraron en un complejo sistema de trincheras que pronto se extendió desde el mar del Norte hasta la frontera suiza. Durante tres años y medio, estas líneas se moverían menos de 15 km en un sentido u otro y la estrategia aliada estuvo dedicada a quebrantar esta formidable barrera.

Los alemanes, detenidos en Ypres, adoptaron a partir de allí una postura defensiva en el Oeste, mientras trataban de alcanzar una conclusión victoriosa en el Este, donde se desarrollaría gran parte de la acción militar durante 1915.

La Campaña de Gallípoli Marzo de 1915-enero de 1916

Los Dardanelos, un estrecho de unos 60 km de largo con una anchura entre 1,5 y 6,5 km, conecta el mar Egeo con el mar de Mármara. El estrecho separa la península de Gallípoli, de la Turquía europea, de la Turquía asiática y, con el Bósforo, es de extrema importancia estratégica, puesto que es la única ruta naval del Mediterráneo al mar Negro. Los Dardanelos también eran, en 1915, esenciales para la defensa de Istanbul.

Las primeras fases de la campaña fueron exclusivamente operaciones navales, puesto que el Gabinete de Guerra británico y los franceses habían asumido que una fuerza naval no sólo podría bombardear y destruir los fuertes turcos en la península, sino de alguna manera ocupar Constantinopla. Winston Churchill urgió repetidamente a los rusos a cooperar mediante una ofensiva local, pero éstos se negaron.

Los fuertes exteriores de los Dardanelos fueron bombardeados el 19 de febrero de 1915 y la isla griega de Lemnos fue ocupada como base. Un tiempo traicionero frenó las operaciones, pero se desembarcó a infantes de marina en la punta de la península para que demolieran los cañones turcos, cosa que lograron sin ser molestados. Siguió el bombardeo de los fuertes interiores y, durante unas tres semanas, unos bous intentaron —inconexadamente en el mejor de los casos— eliminar la primera línea de minas. En ese momento enfermó el vicealmirante Carden, comandante de la escuadra, sustituido el 16 de marzo por el vicealmirante De Robeck, su segundo.

Cuando el intento de forzar el paso mediante la armada (el 18 de marzo) falló desastrosamente, De Robeck se convenció —y no sólo a sí mismo, sino también a muchos de los altos jefes aliados— de que los barcos solos no podrían hacerlo: se necesitaba también una expedición militar. Así, el bombardeo naval que, en realidad, había abierto el camino de Constantinopla, sólo sirvió para alertar del peligro en esa región a los turcos y a sus aliados alemanes.

Como resultado del cambio de idea de De Robeck, el 26 de marzo Kitchener envió desde Egipto la Fuerza Expedicionaria Mediterránea, con el objetivo de desembarcar en la península. Esta fuerza, de unos 70.000 hombres, principalmente australianos y neozelandeses, o «Anzacs», con poca experiencia de combate, estaba mandada por el teniente general sir Ian Hamilton, quien se resistía a ejercer su autoridad sobre sus generales subordinados, en contraste con el general alemán Liman von Sanders, al mando supremo de las fuerzas turcas. Este divergente temperamento tendría consecuencias decisivas en la campaña siguiente.

Las cosas se torcieron desde el principio para los aliados. Se descubrió demasiado tar-

de, en Lemnos, que los buques de transporte habían sido cargados incorrectamente, de manera que el material esencial, necesario de inmediato en el desembarco, se había estibado en el fondo de las bodegas. Los buques se vieron obligados a volver a Alejandría para reordenar su contenido, lo que provocó un retraso de casi un mes.

Ya se había perdido la ocasión de la sorpresa. En el momento de los bombardeos navales preliminares, los turcos sólo tenían dos divisiones en los Dardanelos; se habían incrementado a cuatro cuando se inició el ataque naval y a seis cuando Hamilton hizo sus primeros desembarcos, dando a los defensores una superioridad numérica de seis divisiones contra cinco. Además, la orilla norte del estrecho se componía principalmente de acan-

El cuadro de Charles Dixon, *derecha*, muestra el *River Clyde*, un viejo barco carbonero convertido en transporte de tropas, desembarcando a los hombres en la playa «V», en el cabo de Helles, durante los desembarcos británicos del 25 de abril.

A pesar de la rapidez con que las tropas eran llevadas a tierra, 1.200 de los 1.500 hombres desembarcados fueron segados por los ametralladores turcos en los acantilados que protegían la playa.



Entrar por la puerta trasera

A fines del 1914, en el Oeste, tanto los alemanes como los Aliados cavaban trincheras; en el Este, la llegada del invierno también había llevado la guerra a un momento de relativa tregua. En octubre, sin embargo, Turquía, esperando ganarle terreno a Rusia y reforzar su influencia en los Balcanes, había entrado en la guerra en el bando de las Potencias Centrales.

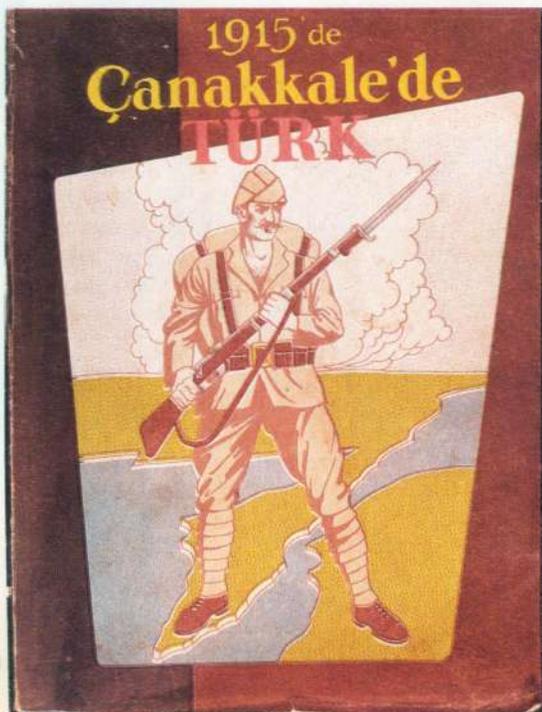
El grueso de su ejército fue enviado rápidamente a atacar a Rusia en el Cáucaso; pero el resultado fue desastroso para los invasores. Hacia enero de 1915, cuando los turcos se vieron rechazados, habían perdido 70.000 hombres —de un total original de 100.000—, entre muertos y congelados.

El comandante en jefe del ejército ruso, el gran duque Nicolás, apeló entonces al mariscal lord Kitchener, secretario de estado de la guerra británico para que aportara algún alivio contra la presión enemiga. Cuando se decidió el de-

sembarco británico y, en menor medida, francés, en Turquía, el lugar para efectuarlo era evidente: la península de Gallípoli.

Si el asalto resultaba afortunado, Egipto ya no sería vulnerable al ataque (los turcos habían enviado previamente una fuerza para intentar hacerse con el canal de Suez) y se podría atraer al bando de los Aliados a los enemigos tradicionales de Turquía en los Balcanes. Además, una vez tomada Constantinopla (Istanbul), Rusia dispondría de un paso marino libre de hielos, abierto todo el año, que le permitiría exportar el trigo tan necesario a los Aliados occidentales y recibir a cambio armas y municiones.

El planteamiento estratégico lo tenía todo a su favor; para llevarlo a cabo con éxito se necesitaba una planificación eficaz y una disposición ofensiva sin vacilaciones. Pero, en su momento, no hubo nada de eso.



tilados arenosos que se alzaban desde el mar hasta 30/100 m de altura, terreno que procuraba cobertura ideal y emplazamientos de artillería para los turcos, dejando a los invasores peligrosamente expuestos.

Los preparativos para los desembarcos fueron mayoritariamente ineficaces e inadecuados. Aunque existía un manual sobre el ejército turco, no se había estudiado su estructura de mando ni comprobado sus disposiciones y fuerza. No había sido posible un reconocimiento a fondo de los lugares de desembarco y los mapas se habían trazado principalmente a partir de guías turísticas.

Carteles de propaganda notablemente semejantes producidos por ambos bandos. El turco destaca su afortunada defensa de Çanakkale; el cartel de

reclutamiento australiano muestra una imagen optimista de las condiciones y perspectivas del conflicto.

Acción naval en el estrecho

El intento aliado de forzar el paso de los Dardanelos con grandes barcos, el 18 de marzo, podría haber tenido éxito si no hubiera sido por un acontecimiento aparentemente insignificante. Las líneas principales de minas turcas estaban colocadas en los estrechos, pero el 8 de marzo un barquito turco puso otra hilera de 20 minas cerca de la playa de la bahía de Eren Keui. Tres de ellas fueron dragadas el 16 de marzo pero, al creerlas minas flotantes, los Aliados no barrieron completamente la zona.

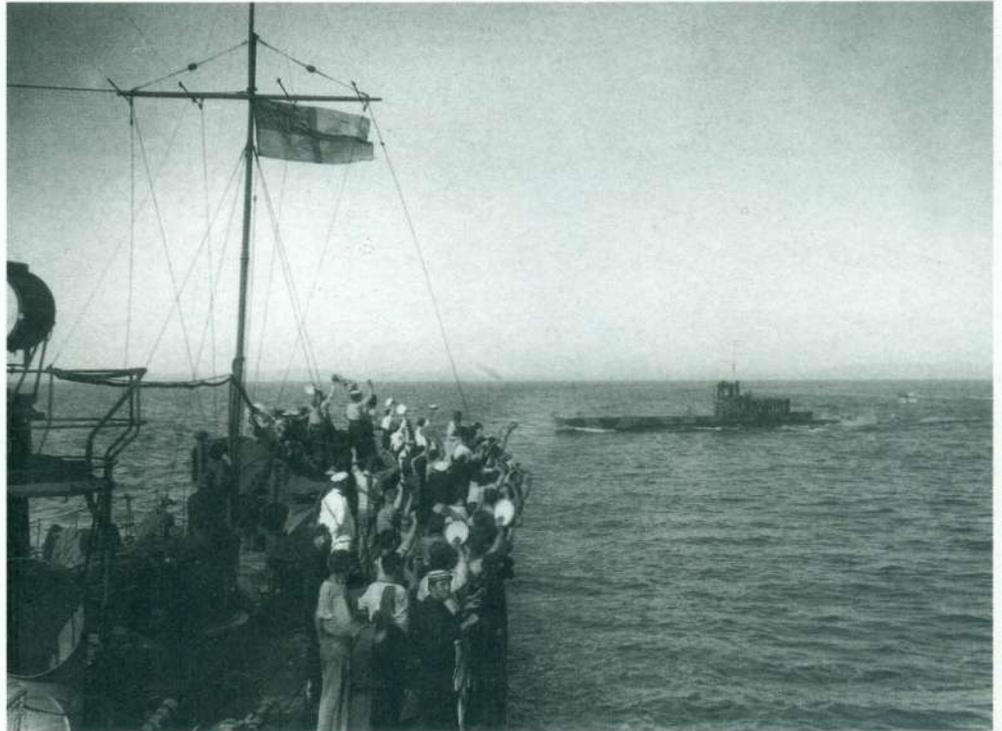
Hacia las 13.30 h del 18 de marzo, los cañones de las principales baterías turcas habían sido puestos fuera de acción por bombardeos de largo alcance de los barcos aliados. Se enviaron, pues, los dragaminas más lejos, Dardanelos adentro para completar su trabajo, mientras los buques franceses, hasta entonces en la vanguardia de la flota, se retiraban. Cuando regresaban, a través de la bahía de Eren Keui, el *Bouvet* chocó a las 13.55 h con una mina y se hundió, con su tripulación, en el breve lapso de dos minutos.

Unas dos horas más tarde, poco después de las 16.00 h, los barcos británicos *Irresistible* e *Inflexible*, así como el francés *Gaulois*, fueron averiados. El *Ocean*, al que se había ordenado auxiliar al *Irresistible*, también fue víctima de una mina y poco después se hundieron ambos.

El vicealmirante De Robeck, ignorante de la verdadera causa del desastre y temiendo la presencia de torpedos de base terrestre, parece que perdió los nervios o sencillamente prefirió elegir la prudencia. Ordenó una retirada general de la flotilla, sin darse cuenta de que la mayoría de los cañones turcos estaban destruidos y los artilleros supervivientes agotados. La oportunidad de llevar adelante el ataque naval se perdió, pues, y con ello la posibilidad de vencer rápidamente a Turquía.

A pesar de ser superados en número, desconocer las disposiciones del enemigo e ignorar el terreno, Hamilton recibió la orden de hacer los primeros desembarcos el 25 de abril, en el extremo sur de la península, cerca de cabo Helles, mientras que las tropas Anzac desembarcaban unos 25 km más arriba, en la costa del mar Egeo, cerca de Gaba Tepe. Al mismo tiempo, unidades francesas hacían un desembarco de distracción en Kum Kale, en el lado asiático del estrecho, para confundir a los turcos sobre las verdaderas intenciones de los aliados.

La fuerza invasora dejó Mudros, en la isla de Lemnos, la mañana del 23 de abril y se trasladó a sus posiciones frente a las playas de desembarco. Participaban unos 200 barcos, que a medianoche del 24 de abril estaban en posición ante las costas de Gallípoli. Se pararon todos los motores, se dio de comer a los soldados que entonces, ordenadamente, embarcaron en gabarras y más tarde pasaron a barcas de remos que los dejaron en la playa. Esta parte de la operación —y prácticamente sólo ésta— se realizó de acuerdo con los planes.



Los submarinos británicos hicieron una campaña muy eficaz contra barcos turcos, instalaciones costeras e incluso

ferrocarriles. Aquí, la tripulación del *Grampus* vitorea a uno de los submarinos más audaces y afortunados, el E11, al

emerger después de una proeza. Entre mayo y agosto de 1915, este submarino hundió cinco barcos turcos, incluido el

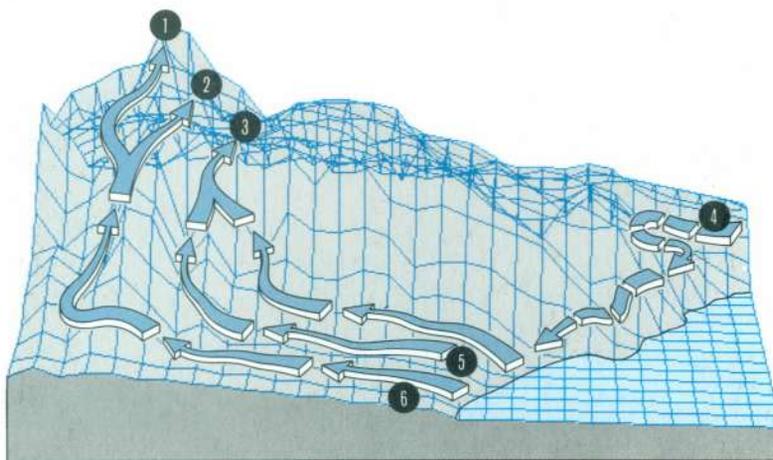
mercante *Stambul*, fondeado en el Cuerno de Oro, en Constantinopla, y el acorazado *Barbarousse Haireddine*.



• En el verano de 1915, en un esfuerzo por romper el estancamiento, Hamilton decidió hacer otro desembarco en la bahía de Suvla, al norte.

Al mismo tiempo debía haber una salida importante por parte de la infantería neozelandesa y la tropas australianas e indias. Las fuerzas de Suvla y Anzac debían reunirse entonces en las tierras altas que dominan los estrechos.

La noche del 6 al 7 de agosto, las fuerzas de Birdwood avanzaron desde la costa tratando de



alcanzar la cresta de Sari Bair, Chunuk Bair y la colina 971. La resistencia turca fue enconada y se libró una batalla sangrienta, que duró hasta el día 10. Murieron

muchos miles de hombres en ambos bandos, pero los Anzac no pudieron alcanzar sus objetivos. Se mantuvo, por tanto, el estancamiento.

Plan del ataque:

1 Colina 971; 2 Colina Q; 3 Chunuk Bair; 4 Línea Anzac existente; 5 Infantería neozelandesa; 6 Tropas australianas e indias.



Poco convencionales según las normas militares, los Anzac eran, sin embargo, soldados duros e inventivos. Esta combinación ingeniosa de espejos, tablas y cable permitía a los francotiradores disparar contra los turcos sin exponerse al enemigo. En el fondo, un hombre usa un periscopio para observar las posiciones turcas.

Esta panorámica, montada con fotos tomadas desde el puesto de vigía nº 1, justo encima de la plana a unos 0,5 km al norte de Ari Burnu, muestra Table Top (1), Rhododendron Ridge (2), Chunuk Bair (3), Sniper's Nest (4), Battleship Hill (5) y Baby 700 (6).

Los Anzac tenían que combatir en este terreno salvaje y agreste, cuando atacaron a principios de agosto. Las pendientes secas, erosionadas, se convertían en barro cuando llovía y estaban parcialmente cubiertas de tojos, con algún olivo o coscoja.

Hamilton eligió como puesto de mando el *Queen Elizabeth*, el buque insignia de De Robeck. Habría hecho mejor instalándose en un barco rápido e independiente con buenos equipos de transmisiones, porque en el *Queen Elizabeth*, que tenía encomendadas sus propias tareas, se convirtió casi en un prisionero, incapaz de responder a los acontecimientos o dar instrucciones. Así, Hamilton navegaba costa arriba y abajo, fuera de contacto con lo que ocurría en las playas.

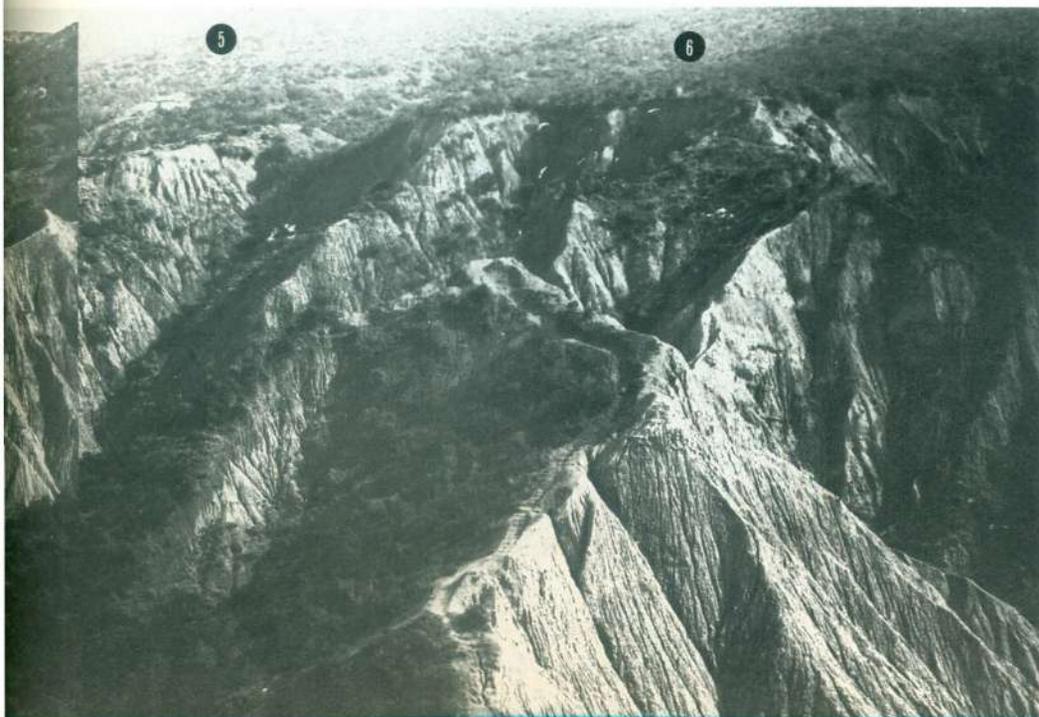
Todas las decisiones habían de tomarlas sus dos comandantes de cuerpo. El teniente general Hunter-Weston (cuya arenga anterior a la batalla afirmaba pesimistamente que cabía esperar pérdidas graves) mandaba la 29ª División británica, que desembarcó en cabo Helles, y el mayor general sir William Birdwood las fuerzas Anzac. Sin embargo, estos dos comandantes también se quedaron en el mar durante los desembarcos, por lo que sabían tan poco como Hamilton qué era lo que realmente ocurría.

Así que, una vez desembarcada, cada unidad tenía que tomar sus propias decisiones, sin recibir orientación del alto mando, con el resultado de que una compañía, aunque a breve distancia de la siguiente, podía no saber qué intentaban hacer sus compañeros.

Pero no era lo peor. Poco después de las 04.00 h del 25 de abril, 1.500 hombres de la primera oleada Anzac habían llegado salvos a la playa... en un lugar equivocado. Desconocida por los navegantes, insuficientemente instruidos, una fuerte corriente había llevado las barcas 1,5 km al norte del punto previsto. En lugar de desembarcar en una playa arenosa que se extendía un tanto tierra adentro, los hombres estaban atrapados en una playa rocosa, al norte y al sur del surcado promontorio de Ari Burnu. No obstante, dado que los turcos consideraban inconcebible que sus enemigos pudieran desembarcar en un lugar tan inhóspito, los Anzacs encontraron poca resistencia y, cuatro horas después del desembarco inicial, unos 8.000 hombres habían llegado salvos a tierra. Avanzaron bien y algunos ya escalaban, al poco, la serranía dominante que conducía a Chunuk Bair.

Otra desgracia cayó entonces sobre los invasores. Mustafá Kemal, el único militar turco de genio en la región, entró en escena. Inmediatamente defendió las serranías, de enorme importancia, de Chunuk Bair y Sari Bair y detuvo el avance Anzac. Si el ataque se hubiera organizado y coordinado correctamente, esas alturas vitales podrían haberse tomado con pocas pérdidas y consolidado los éxitos. Pero, en este caso, 50.000 soldados perderían inútilmente la vida durante los pocos meses siguientes en ataques estériles contra Chunuk Bair.

Alrededor de cabo Helles también reinaban la ineficacia y el desorden. Poco después



GALLÍPOLI/3

El 8 de diciembre se dio orden a los Anzac de evacuar la cabeza de playa. Durante la dura tormenta invernal de noviembre, cientos de hombres se habían congelado y las bajas y enfermedades aumentaban permanentemente; el Gabinete de Guerra decidió cortar drásticamente las pérdidas.

El plan del mayor general Birdwood era llevarse cuanto equipo (que incluía la mayor parte de los 97 cañones disponibles) pudiera en un período de 10 días. Al mismo tiempo, se llevaría a la mitad de los 36.000 hombres, mientras que los últimos 22.000 serían evacuados las noches del 19 y 20 de diciembre. Todo el plan se basaba en el secreto y la eventualidad del buen tiempo.

Para no despertar las sospechas de los turcos, los trabajos sólo se hicieron de noche. Durante el día se mantenía el esquema de fuego artillero, alternado con días de quietud o de fuego de artillería naval. Mientras desaparecían cantidades de hombres, los restantes se movían trincheras arriba y abajo, disparando desde todos los puntos del frente, para mantener la ilusión de una gran fuerza vigilante.

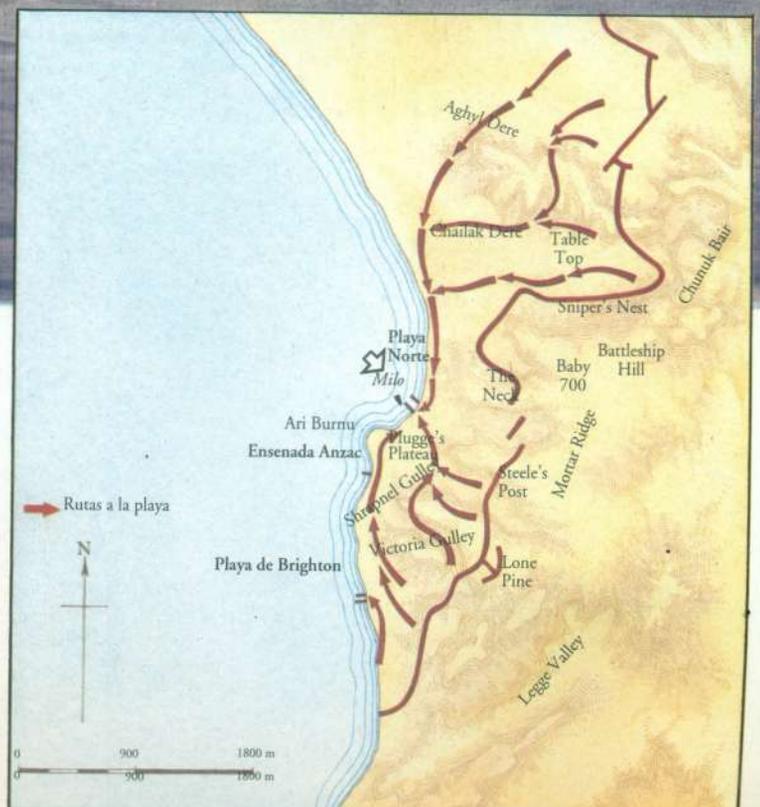
Todas las estrategias de los Anzac tuvieron éxito. Los turcos interpretaron la actividad y la construcción de depósitos de suministros en la playa como señales de un posible ataque y no se dieron cuenta en ningún momento de qué ocurría en realidad.

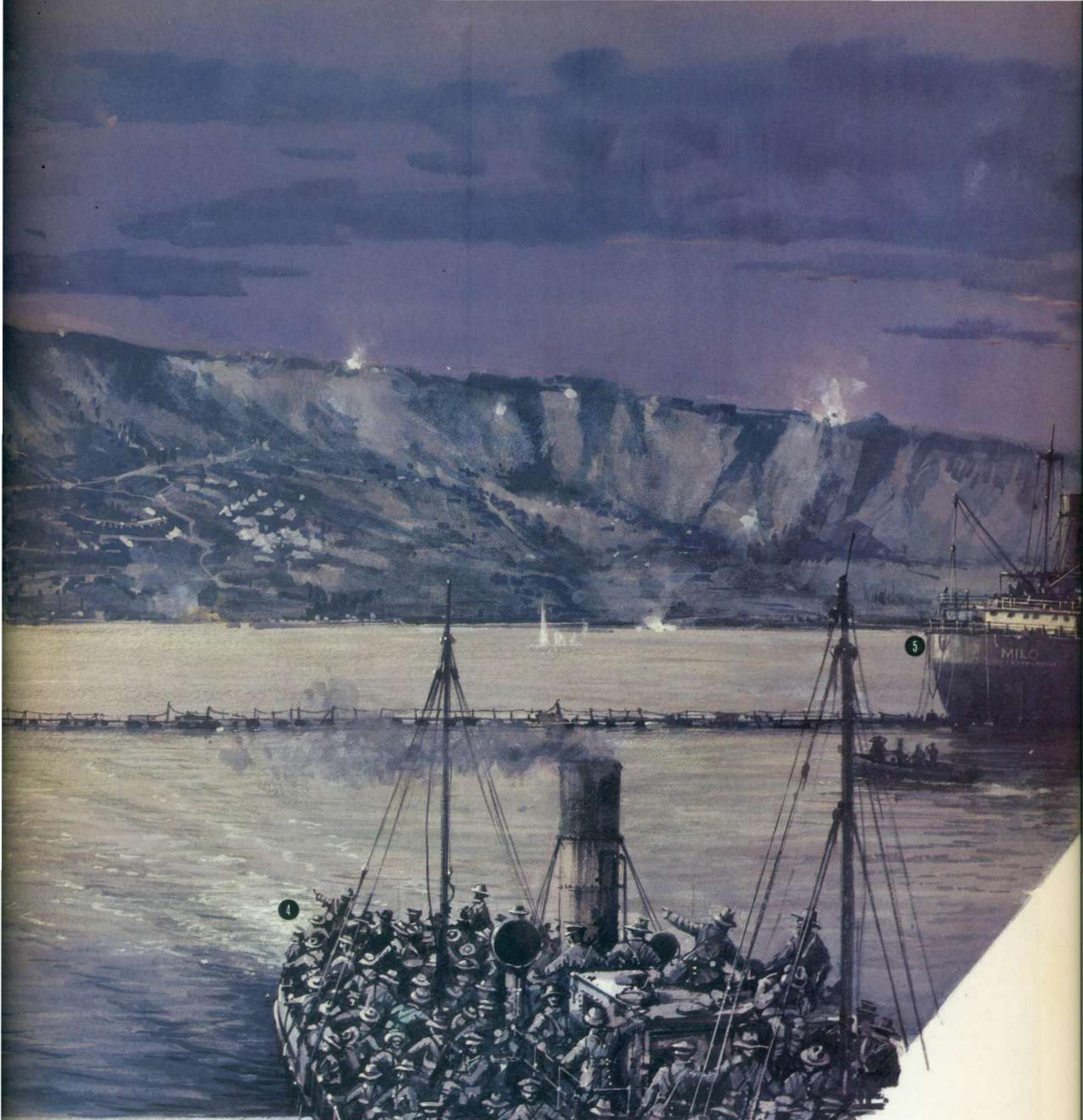
La noche del 19 de diciembre sólo quedaban en tierra unos 10.000 hombres.

Los soldados habían sido divididos en tres partes. La primera, Parte A, de 4.000 hombres, debía embarcar tan pronto anocheciera; la Parte B, otros 4.000 hombres, había de retirarse entre las 19.00 y las 23.00 h. Después sólo quedarían 2.000 hombres para proteger toda la cabecera de playa.

Cada hombre tenía una tarjeta con instrucciones escritas sobre la hora en que tenía que dejar su puesto y el camino que debía seguir a la playa. No se dejó nada al azar.

La noche era hermosa, con luna llena, el mar en calma total. Se habían trazado caminos no visibles para los turcos, marcados con sal, azúcar y harina. Luces de colores, ocultas en latas, señalaban el camino en los cruces. Las botas de los hombres estaban envueltas en sacos, para ahogar cualquier ruido.





A las 03.00 h del día 20, los 275 hombres de la guarnición final elegida habían dejado las colinas y se detonaron las tres grandes minas colocadas en el Nek (1). Una llamarada roja iluminó brevemente la parte inferior de las grandes nubes de polvo y humo que se alzaron sobre el lugar.

En la playa norte (2) se habían dejado en pie las tiendas hospital y había grandes depósitos de suministros: cajas de comida, ropas viejas, una o dos motocicletas, carros sin ruedas y una central destiladora de agua.

Se habían reforzado los pantalanes existentes y construido un pantalán nuevo (3) con una pasarela al *Milo* (5). Ese viejo vapor había sido hundido a fines de octubre para servir de rompeolas.

Silenciosas como gatos, gabarras (4) cargadas de hombres —400 cada vez— habían ido como lanzaderas entre los pantalanes y los barcos fondeados toda la noche. Ahora, los últimos 600 hombres esperaban en silencio su evacuación.

La operación se realizó exactamente según los planes; sólo un hombre fue herido y se dejaron nueve cañones. Como escribió más tarde un crítico alemán: «Mientras exista la guerra, la evacuación británica... quedará a los ojos de todos los estrategas de la retirada como una empresa inigualada.»

GALLÍPOLI/4

de que la 29ª División comenzara el desembarco, varios oficiales caminaron sin ser molestados hasta la aldea de Krithia, a unos 3 km tierra adentro, y a la cima de Achi Baba, de 180 m de altura, posición dominante desde donde habría sido fácil repeler cualquier contraataque turco. Pero los oficiales no habían recibido órdenes de ocupar dichas posiciones, así que se volvieron a sus líneas a esperar instrucciones. Para cuando se dieron las órdenes de avanzar, las fuerzas turcas se habían acercado y también allí se perdieron miles de vidas para ganar unas posiciones que, en realidad, ya se habían alcanzado sin la menor resistencia.

Soldados australianos descansan en una trinchera conquistada el 26 de abril, día siguiente de los desembarcos en playa Anzac.

En diciembre de 1915, los hombres de la 5ª Brigada en Steele's Post vivían en condiciones parecidas a las de un campamento durante la fiebre del oro. La trinchera del frente estaba a sólo 9 m de la cresta y, teniendo en cuenta la certera artillería turca, construían sus refugios en la ladera para ser vulnerables sólo a los obuses.

Así, casi de inmediato, se desperdició el principal objetivo de la campaña: una rápida victoria para restablecer la guerra de movimiento en contraste con el estancamiento del frente del Oeste. Los soldados empezaron a cavar trincheras, tal como habían hecho sus camaradas en Francia.

Durante los tres meses siguientes se estableció prácticamente un empate, los soldados se enterraron lo mejor que pudieron y se perdieron vidas por enfermedad y por ataques estériles. En julio, temeroso de un desastre, el gobierno británico envió cinco divisiones más para reforzar las siete ya desplegadas. Pero para cuando desembarcaron, los turcos ha-

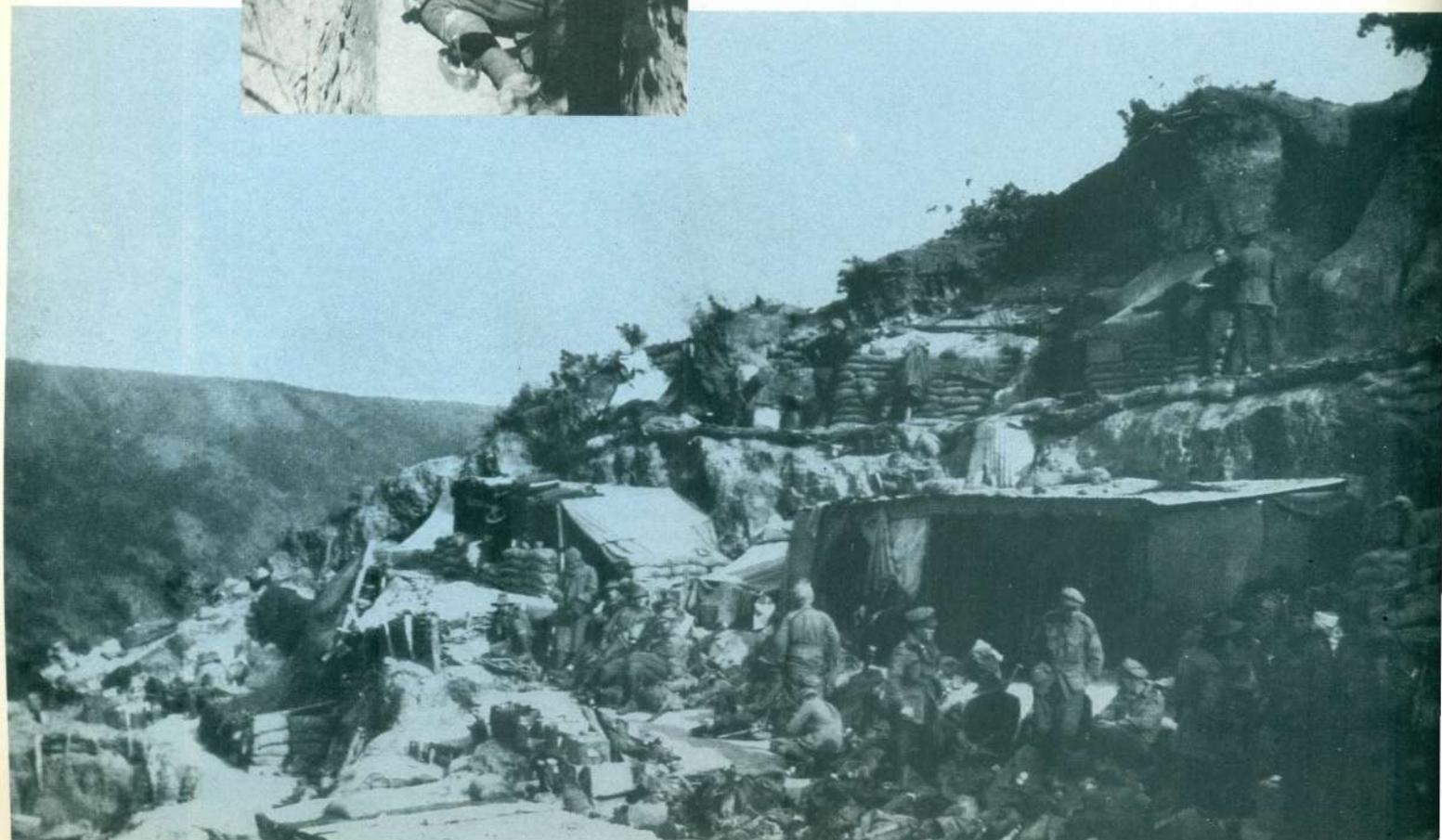
bían concentrado quince divisiones. Hamilton, enfrentado a esta desigualdad de fuerzas, resolvió dar un golpe maestro: otro desembarco, esta vez al norte, en la bahía de Suvla. Esperaba aislar la península y, en compañía de las tropas de la bahía de Anzac, ganar las tierras altas que dominaban los estrechos al este.

El plan, aunque estratégicamente sensato, estaba condenado desde el principio, porque el oficial nombrado para dirigir la empresa era el teniente general sir Frederick Stopford. Era un hombre débil, de 61 años, que nunca había tenido mando en campaña, no sabía nada de Gallípoli y sólo fue nombrado por



Una de las muchas estratagemas empleadas por los Anzac para engañar a los turcos durante la evacuación fue dejar fusiles amartillados y puestos en posición a lo largo del frente. A cada fusil había

atadas dos latas, la superior llena de agua que caía lentamente a la inferior. Cuando ésta estaba llena, el peso tiraba de un cable fijado al gatillo y lo disparaba.



LOS COMANDANTES

HAMILTON



El general sir Ian Hamilton (1853-1947) era un soldado altamente profesional que había servido en numerosas campañas en Asia y África y en 1904-1905 fue agregado militar británico junto a los japoneses, en su guerra contra Rusia. No conocía el ejército turco ni el terreno, ni se le había dado tiempo para conocerlo, pues salió para los Dardanelos al día siguiente de recibir el mando. Era un hombre culto y un escritor dotado.

BIRDWOOD



El mayor general sir William Birdwood (1865-1951) había nacido en la India y, como oficial subalterno, participó en acciones en la frontera Noroeste y más tarde en la guerra de los Bóers. Luego volvió a servir en la India hasta 1915, cuando fue elegido para mandar a los Anzac. Birdwood planeó y realizó la evacuación con habilidad consumada. Siguió al mando de los Anzac en el frente del Oeste hasta que, en mayo de 1918, tomó el mando del V Ejército británico.

SANDERS



El general Otto Liman von Sanders (1855-1929) fue nombrado jefe de la misión militar alemana en Turquía en 1913 e inspector general de su ejército. Debido a su insistencia se reforzaron y modernizaron las defensas en los Dardanelos y en la península de Gallípoli. Cuando Turquía entró en guerra, mandó su ejército e hizo avanzar al dotado Mustafá Kemal. En 1918, Sanders obtuvo el mando supremo en Palestina.

KEMAL



El coronel Mustafá Kemal (1881-1938) se unió a los Jóvenes Turcos, un movimiento liberal, al principio de su carrera. Más tarde (1911-1912) sirvió en Libia y, en 1913, en la segunda guerra de los Balcanes. La campaña de Gallípoli, sin embargo, fue la que lo hizo famoso. Después de la guerra estableció un gobierno opuesto al del sultán y en 1922 llegó a presidente de la nueva república. Durante sus quince años de gobierno, Turquía se occidentalizó sensiblemente.

motivos de antigüedad en el escalafón del ejército. El resultado era predecible.

Los desembarcos de la noche del 6 al 7 de agosto, aunque realizados con seguridad, no se explotaron. Las tropas, que carecían de mapas y órdenes adecuadas, se perdieron en desorden por la playa; muchos habían sido desembarcados indiscriminadamente (a menudo en el lugar equivocado) y los pertrechos y municiones se habían apilado sin tener en cuenta su uso futuro. La historia era la misma en todos los puntos de la costa: las tropas aliadas aferradas a cabezas de playa vulnerables, salvadas del aniquilamiento inmediato sólo por su valor tenaz.

A fines de otoño, el gobierno británico había comenzado a percibir que la situación era desesperada y tendía a realizar una retirada inmediata. Hamilton, preguntado por su opinión, abogaba por seguir la lucha y fue, consecuentemente, destituido el 15 de octubre. Su sustituto, el teniente general sir Charles Monro, que ni se molestó en desembarcar en la península, se decantó por la evacuación. Winston Churchill resumiría su valoración en una frase de despecho: «Llegó, vio, capituló.»

La retirada —la única realización exitosa de toda la campaña— empezó en la bahía de Suvla y en playa Anzac durante la noche del 18 de diciembre y desde el cabo de Helles el 8 de enero de 1916. Oficiales de alta graduación, en especial el propio Hamilton, estimaron que se podrían perder hasta 50.000 vidas

en la operación; llegado el caso, todo hombre superviviente pudo ser retirado salvo. No obstante, los Aliados habían sufrido 252.000 bajas de una fuerza total de 480.000 efectivos. Los turcos admitieron haber padecido pérdidas similares, pero los historiadores creen que la cifra real fue bastante mayor.

Los castigos del fracaso

La campaña de Gallípoli era un plan osado, imaginativo, desperdiciado, como escribiría el mariscal Montgomery, «porque sus comandantes cometieron en su ejecución todos los errores imaginables». Para los Aliados, las consecuencias fueron costosas. Se habían perdido muchas vidas, Turquía continuaba activa al lado de las Potencias Centrales y el paso del mar Negro continuaba cerrado para Rusia, dejándola todavía separada de sus aliados e imposibilitada de recibir sus suministros. Eso resultaría esencial en su hundimiento, revolución y retirada de la guerra en 1917.

Aunque fue un fracaso notable, la campaña produjo un beneficio a los Aliados: destruyó algunas de las mejores unidades turcas, facilitando más tarde las victorias de Allenby en Palestina. Esta ventaja quedaba, sin embargo, más que eclipsada por el hecho de que aquellos oficiales superiores y estadistas aliados que habían abogado por la invasión de Turquía, para aumentar la presión sobre las Potencias Centrales en Oriente Medio y así salvar vidas en la guerra de desgaste de Francia, habían perdido la polémica. Ahora eran casi inevitables muchos años de guerra de trincheras y carnicerías en el frente del Oeste.

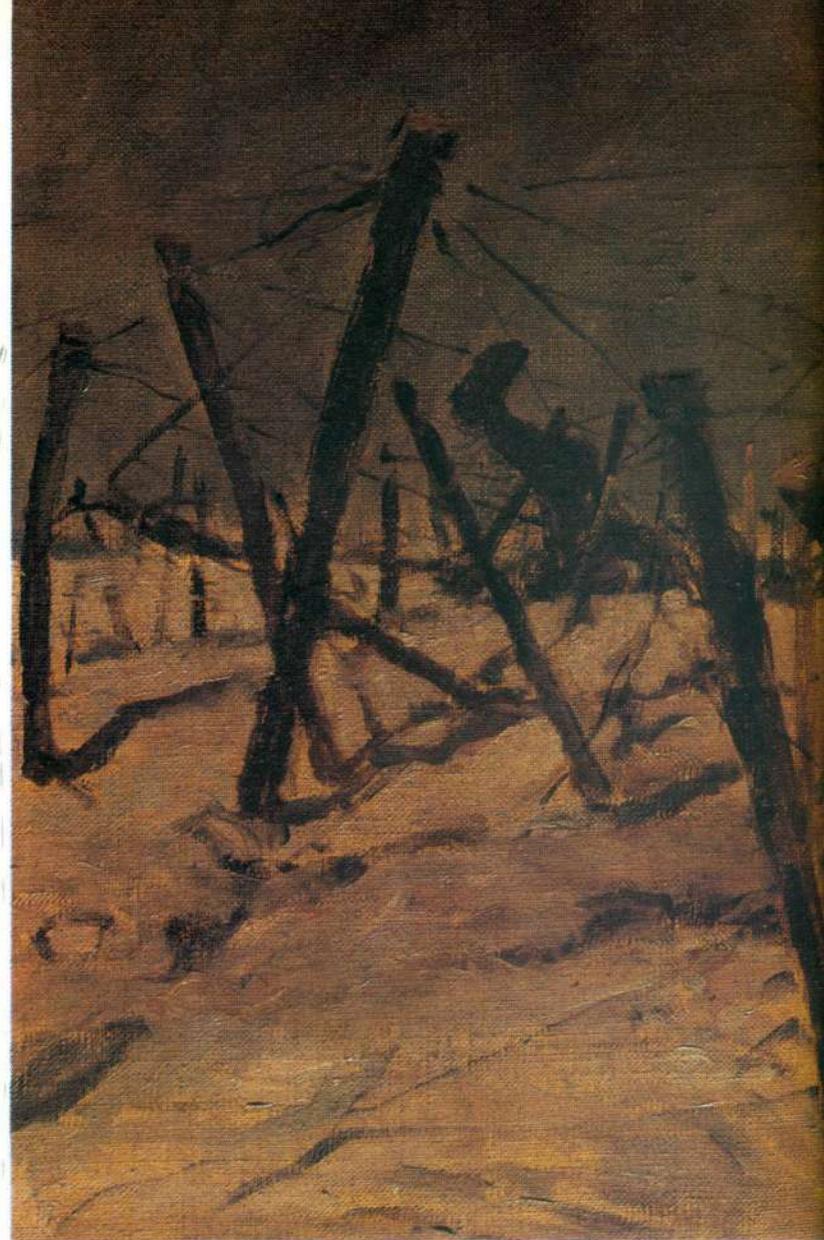
Acción y estancamiento 1915

En noviembre de 1914 ya estaba claro que la guerra no habría terminado «para navidad», como tantos habían supuesto optimistamente. Punto muerto total tanto en el mar como en el frente del Oeste.

Los británicos no conseguían entablar combate con la flota alemana, amarrada estérilmente en puertos inexpugnables, mientras que en tierra la línea de trincheras —excavadas y fortificadas ahora a toda prisa— seguía sin interrupciones la trayectoria del frente. Más aún, a lo largo de todo el frente, de unos 563 km de largo, guarnecido por primera vez en la historia por millones de hombres, se desplegaban elementos no explotados antes de la aparición de la guerra defensiva: alambre de espino y ametralladoras concentradas.

Ello planteaba problemas tácticos desconocidos. Hasta 1915, uno u otro contendiente

La Patrouille, cuadro de Georges Scott, derecha, muestra a una patrulla francesa de infantería arrastrándose entre alambradas de espino. Había patrullas nocturnas de tres tipos: patrullas permanentes, cuando los hombres se establecían algunas horas; patrullas de combate, cuando el objeto era matar al enemigo, y patrullas enviadas a capturar prisioneros para interrogarlos. Estas últimas solían ser las más útiles.



Soldados con careta, de Zingg, izquierda, da una imagen poderosa de la inhumanidad y el horror de la guerra de gases. Cuando en 1915 se produjeron los primeros ataques, la única protección de los hombres era un paño húmedo

sobre nariz y boca; las grotescas caretas antiguas se introdujeron más tarde.

El cuadro de Joseph Gray, derecha, muestra un equipo de suministros llevando provisiones, de noche, durante las luchas de Neuve Chapelle, del 10 al 12 de marzo de 1915.

había tenido siempre la posibilidad de hacer un giro grande o pequeño para tomar al enemigo por el flanco. Esa eventualidad ya no existía. Pero también era difícil que tuviera éxito —y casi hubiera garantizado, por contra, graves pérdidas— un ataque frontal contra alambradas y ametralladoras atrincheradas.

Había otro problema más: destruir los obstáculos alambrados precisaba una larga preparación artillera, lo que a su vez eliminaba el factor sorpresa. Así se desarrolló en el Oeste una monstruosa guerra de desgaste en la que se envió a centenares de miles de soldados a asaltos repetidos e inútiles contra el enemigo.

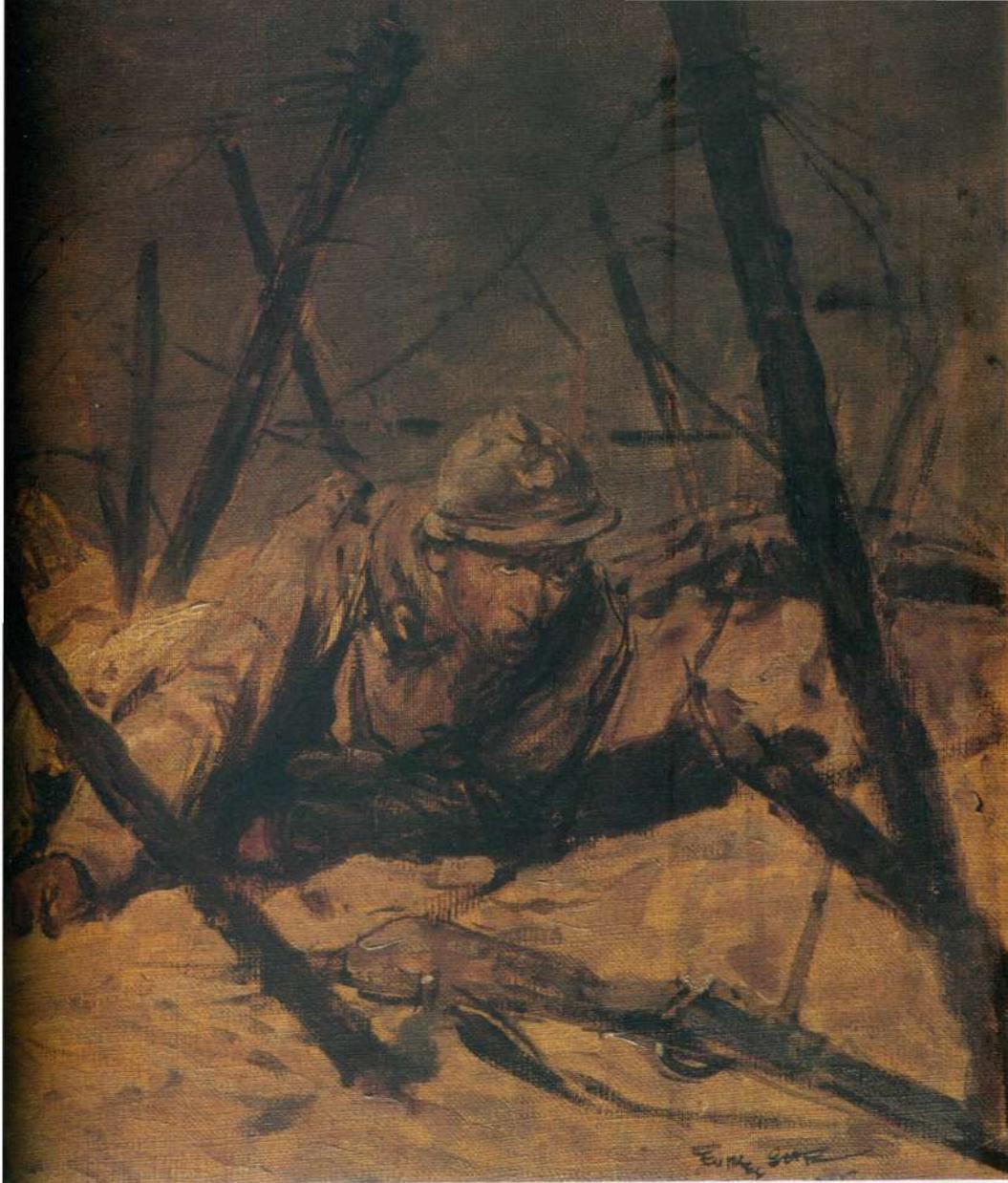
La primavera de 1915, pues, encontró a los Aliados enterrados en sus trincheras frente al ejército alemán, detenido en el Marne. La

victoria inmediata con que había contado Alemania le había sido negada, aunque había sometido a Bélgica y ahora ocupaba las regiones industriales del noreste de Francia. En el este, a pesar del gran éxito alemán en la batalla de Tannenberg, la movilización rusa de sus ilimitadas reservas humanas le permitía amenazar de nuevo Prusia Oriental y, en el sur, Galitzia.

Además, las Potencias Centrales estaban prácticamente sitiadas y aisladas de su nuevo aliado, Turquía, que había entrado en la guerra en octubre de 1914. Italia se uniría a los Aliados el 23 de mayo de 1915, aunque al

principio su declaración de hostilidades especificaba sólo Austria-Hungría. Aparte, la armada alemana, bloqueada en los puertos, era incapaz de socorrer las colonias germanas en África y Asia, que en 1915 fueron rápidamente sometidas. Japón también se había sumado al conflicto —de parte del bando aliado, el 23 de agosto de 1914— y se había adjudicado rápidamente las posesiones alemanas en el Este, incluido el archipiélago de las Carolinas, el 7 de octubre, y Kiauchau, el 7 de noviembre.

Todas las evidencias parecían pronosticar, a primera vista, una victoria aliada en el curso



de 1915. Sin embargo, había involucrados otros factores importantes. El mando aliado no estaba unificado. En Gran Bretaña tenía la voz de mando lord Kitchener; en Francia, el general Joffre y, en Rusia, el gran duque Nicolás. Cada uno era capaz y competente, a su manera, pero no diseñaron en común una estrategia conjunta para 1915. Por otra parte, Alemania hacía preparativos ofensivos con minuciosidad teutónica, fabricaba municiones y reclutaba soldados con mayor rapidez que los Aliados, mucho más optimistas.

Después del triunfo de Tannenberg, en agosto de 1914, Hindenburg era un héroe nacional y podía invertir el plan Schlieffen: buscar una victoria decisiva en el Este mientras sólo contenía el frente del Oeste.

Sin embargo, antes de que los alemanes estuvieran dispuestos para atacar, los rusos reiniciaron en primavera sus avances hacia el oeste, tanto hacia Prusia Oriental como hacia los Cárpatos. Durante esta última ofensiva, conquistaron la gran fortaleza austríaca de Przemysl, el 22 de marzo. Pero en el norte sufrieron una gran derrota en la región de los lagos de Masuria (la «batalla de Invierno», 7 al 21 de febrero) y se replegaron detrás de su frontera: nunca más volvieron a organizar un ataque contra Prusia Oriental.

El éxito de Rusia contra los austríacos en el frente sur señaló el punto culminante de su avance, pues soportaba una carga doble. Su industria fabricaba un suministro de municiones y armas insuficiente y, en 1915, con el estancamiento en el Oeste, habría de sufrir



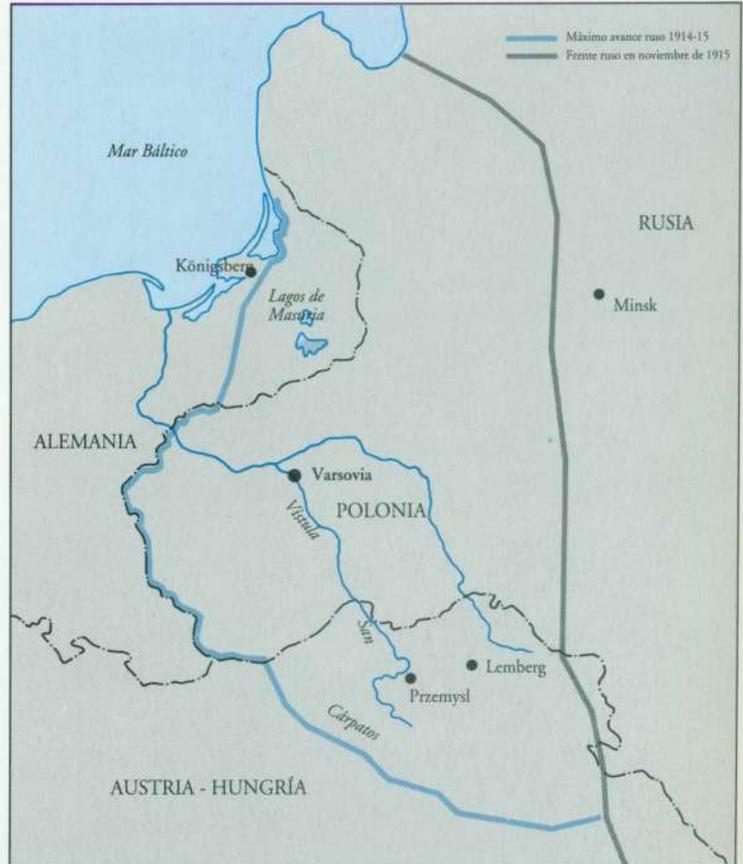
El 7 de mayo de 1915, un submarino alemán hundió el transatlántico británico *Lusitania*; murieron 1.195 personas, entre ellas 128 estadounidenses. Los alemanes emitieron una medalla para festejar el hecho pero, curiosamente, la fecharon «5 de mayo». Los británicos se aferraron

a esto, pues parecía condenar el hundimiento por premeditado, y emitieron 300.000 medallas como la que se ve arriba para provocar sentimientos antialemanes en Estados Unidos. Los alemanes retiraron a toda prisa sus medallas y más tarde las remitieron con la fecha correcta.

todo el impacto ofensivo de las Potencias Centrales.

Con el avance ruso detenido o rechazado en todas partes, las Potencias Centrales (o más bien Alemania, obligada ahora a sostener a su debilitado aliado) llevaron a término planes previstos con anterioridad para eventuales avances masivos hacia el este. El golpe principal, bajo las órdenes del general August von Mackensen, se daría en Galitzia, con un golpe subsidiario en el norte, a través de Curlandia hacia Riga, a cargo del general Otto von Below.

El ataque alemán en Galitzia, centrado en



Esta cinta de vitor alemana celebra la rendición ante los turcos de la guarnición británica de Kut-el-Amara, en Mesopotamia, en abril de 1916.



Gorlice, comenzó el 28 de abril y, por el despliegue de grandes cantidades de artillería, barrió a los rusos hacia el este en desorden. Para los primeros días de mayo, toda la línea rusa del área estaba en fuga. Eso, a su vez, expuso el flanco de las tropas rusas al mando de Brusilov, en los Cárpatos, que se vieron obligadas a replegarse. El 3 de junio se reconquistó la fortaleza de Przemysl y los alemanes avanzaron en dirección este, hacia Lemberg (Lvov).

En el norte, el avance alemán desde Prusia Oriental había llegado hasta Windau,

cerca del golfo de Riga. Pero ahora Rusia se veía ante una amenaza mayor: fuertes unidades alemanas atacaban el saliente polaco desde el norte, mientras que los ejércitos austrogermanos avanzaban desde el sudeste (precisamente la estrategia por la que había abogado el comandante austríaco general Conrad von Hötzendorf, en 1914). La gran superioridad artillera alemana volvió inevitable el resultado: los rusos abandonaron Varsovia y los alemanes ocuparon la ciudad el 5 de agosto.

El avance austrogermano se convirtió en una marea irresistible, forzando a los rusos a replegarse hasta una línea que iba casi derecha, de norte a sur, desde Riga hasta Czernowitz. Las pérdidas rusas fueron enormes —el general Falkenhayn estimó las bajas humanas en cerca de «tres cuartos de millón de hombres, sólo en prisioneros»— y se vieron obligados a ceder artillería y armas de todas clases en grandes cantidades. Para Rusia, para los Aliados, la breve campaña había resultado un desastre de magnitud no superada, que marcó además el inicio de la desintegración del ejército ruso.

Como resultado de esto, Mackensen quedó libre para atacar la región norte de Serbia y Bulgaria, que había observado ansiosa la fortuna de la guerra para identificar anticipadamente el bando vencedor, y se unió a las Potencias Centrales el 6 de septiembre de 1915. También invadió Serbia, que fue sometida y prácticamente dejó de existir como nación. De este modo, las Potencias Centrales conquistaron la región neutral que las separaba de Turquía, su aliado en el este.

El pesimismo entre los aliados era igualmente profundo en todas partes. En el frente italiano dominaba el estancamiento y la totalidad de sus ofensivas en el frente del Oeste se



Después de la invasión de Serbia por las Potencias Centrales, una fuerza británica y francesa desembarcó en Salónica. Pero los búlgaros rodearon el ejército serbio, separándolo de cualquier posible ayuda aliada. No obstante, tropas y cañones, como éste de 60 libras, permanecieron en Salónica hasta 1918. El cañón tenía un largo retroceso de 1,5 m, de modo que las ruedas cavaban roderas profundas.



Infantería austríaca, izquierda, ha tenido que apartarse del camino para ceder el paso a unidades de infantería alemana en avance contra Przemysl, reconquistado por las fuerzas unidas el 3 de junio de 1915.

Italianos arrastran un cañón pesado, arriba, a través de un puerto en el Isonzo. Esta región fue escenario de los más ásperos combates en territorio italiano.

habían frustrado con grandes pérdidas: en Neuve Chapelle (marzo), en Ypres (abril), y en Champaña y en Loos (septiembre). La campaña de Gallípoli terminó con un fracaso costoso, con una retirada de la península que comenzó el 19 de diciembre.

La batalla de Verdún Febrero-diciembre de 1916

Verdún fue la batalla más larga de la Primera Guerra Mundial, una de las más costosas en vidas y militarmente la más inútil. En febrero de 1916, cuando se inició la batalla, el frente del Oeste pasaba al sur de la región de Oostende, al este de Verdún y luego

más o menos al sudeste hasta la frontera suiza. La propia Verdún estaba situada sobre el Mosa, en el centro de un saliente en forma de silla de montar. Incluso una mirada al mapa muestra que los franceses habrían estado estratégicamente mucho mejor situados sin

Verdún, porque el repliegue habría enderezado y acortado su línea, reforzándola.

Otro factor aún debería haber llevado al Estado Mayor francés a esta conclusión: la gran fortaleza y su doble anillo defensivo de 21 fuertes menores había sido despojada recientemente de muchos cañones para emplearlos en otros lugares del frente del Este. El general Joseph Joffre, comandante en jefe francés, tras la fácil conquista de Lieja y Namur a principios de la guerra, había perdido toda confianza en la capacidad defensiva de las fortalezas. En realidad, aunque eso no se sabía oficialmente, Verdún estaba guardada ahora por una sola línea de trincheras, y una sola línea podía ser penetrada por el enemigo con relativa facilidad, mientras que dos le habrían resultado de más difícil acceso.

Cierto teniente coronel Driant, diputado por Nancy, que en 1916 estaba destinado en el sector de Verdún, aprovechó la oportunidad, de permiso en París, para informar a la Comisión del Ejército y a sus compañeros diputados del verdadero estado de las cosas. Esto le fue reportado al general Joseph Gallieni, ministro de la guerra, que había recibido noticias similarmente intranquilizantes de otras fuentes. Gallieni escribió de inmediato a Joffre, exigiendo un informe completo.

El plan fatal de Falkenhayn

En 1916, desprovista de la mayoría de sus cañones pesados para su empleo en otros puntos, la fortaleza de Verdún era de poca importancia estratégica para Francia, menos todavía para Alemania. Para los franceses, sin embargo, era un símbolo de orgullo nacional.

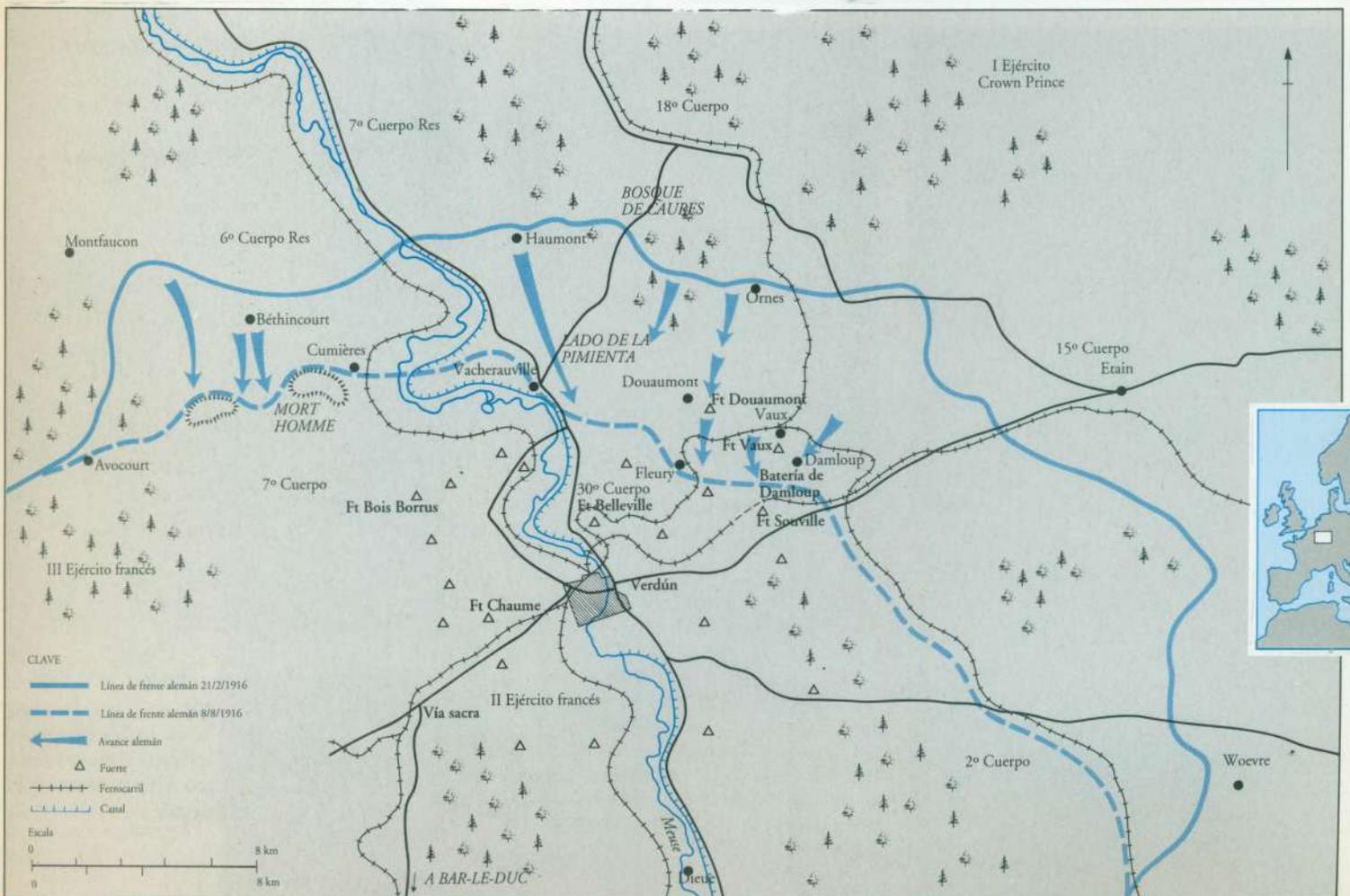
Verdún tenía una larga historia: fue una ciudad importante en tiempos romanos; Vauban, el gran constructor de fortificaciones del reinado de Luis XIV, la había fortificado con fosos y bastiones; durante la guerra Franco-prusiana de 1870-1871 Verdún había resistido un asedio de diez semanas, cayendo al fin sólo por falta de provisiones. Lo más importante, Verdún era el principal bastión oriental de Francia, enfrentada a la ciudadela opuesta enemiga de Metz.

Verdún epitomizaba la grandeza de Francia, su historia, en alguna medida, y sobre todo su orgullosa independencia. La fortaleza y la ciudad se

podían ceder sin gran perjuicio militar, pero el golpe al espíritu nacional de Francia hubiese sido calamitoso.

Ahí residía la astucia del jefe del Estado Mayor Central alemán, general Erich von Falkenhayn. En esta ocasión, este hombre enigmático —se resistía a revelar sus planes incluso a sus más estrechos colaboradores y cometió por ello muchos errores de cálculos militares— juzgó acertadamente el carácter nacional francés: si los alemanes atacaban Verdún, los franceses resistirían.

Una vez demostrado que Verdún merecía la pena de ser conquistada, merecía la pena ser defendida; pero si merecía ser defendida, también merecía ser conquistada. Así se atraería a la batalla el grueso del ejército francés, se desangraría, se quebrantaría su moral. Así, las dos potencias se enzarzaron en una lucha feroz por una ciudadela de ningún valor estratégico para ninguna de ellas.





Soldado raso francés,
izquierda, del 22º
Regimiento de Infantería,
1914. Desde 1915, los
soldados llevaban
casquetes de acero debajo
de sus quepis. Para la
época de Verdún, llevaban
uniformes de campaña
azul horizonte y cascos de
acero, como este soldado
raso, *derecha*, del 56º
Regimiento. Ambos llevan
un fusil Lebel 1886-93 de
8 mm con bayoneta
calada.

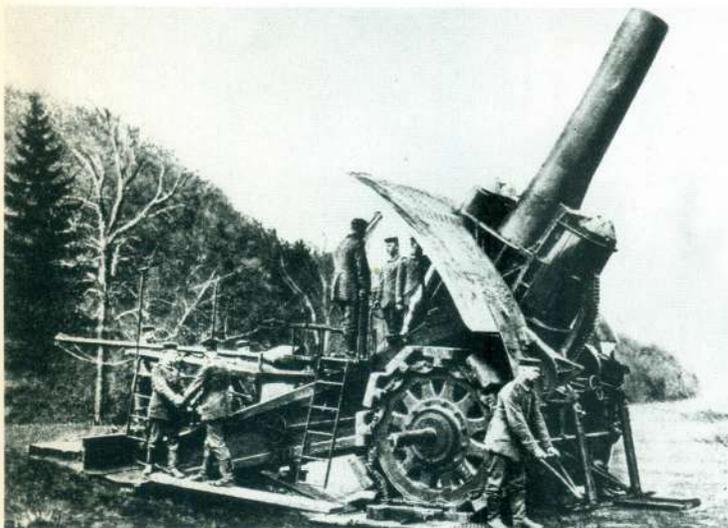
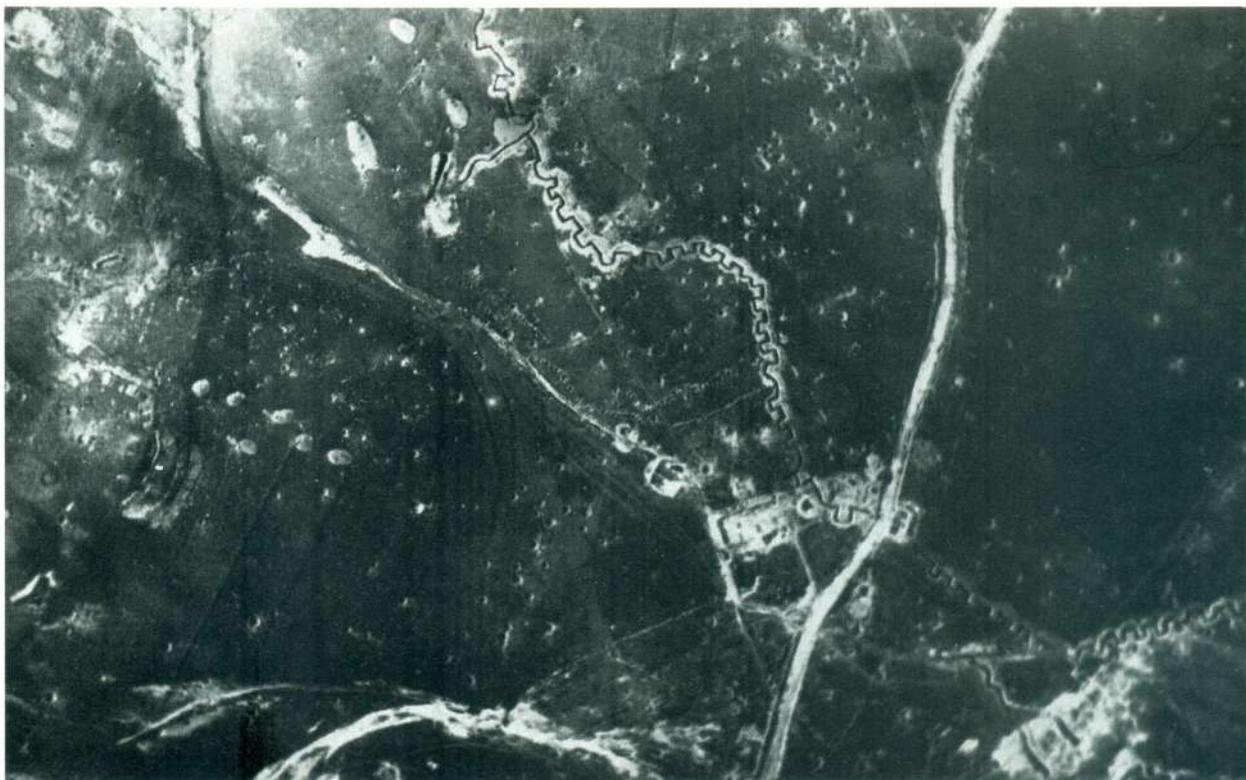


VERDÚN/2

Falkenhayn trató de derrotar a los franceses en Verdún mediante un bombardeo constante con cañones pesados como el «Gran Bertha» de 42 cm, *abajo*. La devastación resultante puede verse en la foto aérea, *derecha*: cráteres en forma de embudo producidos por las explosiones y una red de trincheras, a lo largo de las colinas, destruidas.

Tres *poilus* franceses, *abajo a la derecha*, se cubren en un cráter en medio de la desolación.

Los franceses replicaron con un cañoneo igualmente salvaje, como muestran los montones de cartuchos que se transportan para su fundición y reutilización, *página de enfrente*. En 10 meses se dispararon 37 millones de cartuchos alemanes y franceses.



Joffre estaba furioso. Replicó que no había lugar para presumir falta de preparación francesa en el sector de Verdún y pidió los nombres de los que habían dado a Gallieni esa información, a fin de amonestarlos. «No puedo —escribió— ser partidario de que soldados puestos bajo mi mando lleven al gobierno, por otro conducto que el jerárquico, quejas o protestas referidas a la ejecución de mis órdenes.» Esta mentalidad petulante y burocrática no casaba bien con la conducción de una batalla que ahora era, pese a todas las bravatas retóricas, evidentemente inevitable.

Falkenhayn dio al príncipe heredero Guillermo, comandante del V Ejército, una garantía de que el objetivo de la operación «Gericth» era tomar la fortaleza. Pero, si era así,

¿por qué preveía el plan sólo un ataque desde la orilla oriental del Mosa, y no también desde la orilla occidental, para conseguir un mayor efecto de tenazas? Se ha argüido que el primer ataque pretendía atraer a las fuerzas francesas a la orilla oriental, dejando relativamente poca resistencia al ataque alemán en la orilla opuesta.

En efecto, Falkenhayn nunca pretendió atravesar las líneas enemigas —hasta entonces la única táctica intentada por ambos lados— sino que planeaba desangrar Francia atacando lo que la nación francesa nunca toleraría que se conquistara.

A este fin había diseñado una estrategia nueva: el asalto no sería realizado por hombres, sino por cañones. Reuniendo una fuerza

de artillería abrumadora en un frente corto y sustituyendo el fuego prolongado (que hasta entonces había avisado de un ataque con suficiente tiempo para los defensores) por el número de cañones empleado, esperaba romper de tal manera las líneas de trincheras francesas que, cuando el bombardeo cesara, una fuerza alemana relativamente pequeña podría avanzar con pocas pérdidas. Entonces se podría extender la profundidad del fuego artillero concentrado y repetir el procedimiento.

Se llevaron a primera línea más de 1200 cañones de todo tipo —incluidos los morteros de 42 cm conocidos como «Gran Bertha»—, agrupados en un frente de sólo 13 km de longitud. Frente a ese despliegue formidable de artillería, el más poderoso de la histo-



ria, sólo había 270 cañones, la mayoría con reservas de munición insignificantes. Todo dependía de que los franceses cayeran en la trampa; como Falkenhayn había predicho, lo hicieron inmediatamente.

Si el ataque alemán se hubiera iniciado el 12 de febrero, tal como se había planeado, los franceses, en ese momento en movimiento — pues, aunque conscientes ahora del peligro que planeaba sobre ellos, sólo habían empezado a traer refuerzos—, habrían sido derrotados de una manera abrumadora. Pero en ese preciso momento intervino la naturaleza.

El peso de la artillería alemana y sus hombres habían sido reunidos en la región al norte de Verdún entre los ríos Mosa y Woëvre, en una llanura pantanosa. Municiones, provisiones, vías férreas: todo se había aportado con precisión teutónica. Durante la noche previa a la ofensiva planificada, sin embargo, el tiempo se estropeó repentinamente: cayó la temperatura, la nieve pronto cubrió el suelo y una tempestad redujo la visibilidad a un brazo de distancia. El plan de ataque alemán se retrasó 24 horas. Luego, como persistían la niebla, la lluvia y la nieve,

La «Vía Sacra»

Todos los enlaces ferroviarios con Verdún quedaron pronto destruidos por el bombardeo alemán, de modo que Pétain ordenó la mejora de la única carretera que quedaba, la de Bar-le-Duc, a 48 km al sur. Esta carretera, que se llegó a conocer como «Vía Sacra», salvó a Verdún.

Por primera vez en una guerra, los camiones motorizados eran el único medio de transporte, porque haber usado caballos habría atascado todo el movimiento de suministros. A lo largo de esta carretera, que ahora medía más de 6 m de ancho, unos 3.000 camiones pasaron noche y día

durante siete meses al ritmo de uno cada 14 segundos. Cada semana se acarrea una media de 50.000 toneladas de alimentos y material y se transportaban unos 90.000 hombres en uno u otro sentido, porque la política de Pétain era la rotación de sus tropas, de manera que nadie estuviera demasiado tiempo en el «Caldero de fuego».

Un corresponsal de guerra estadounidense escribió sobre este tráfico incesante: «La visión de la batalla de Verdún que pervivirá siempre en mi memoria es la de la carretera cubierta de nieve y hielo... llena constantemente con dos columnas de camiones... Durante muchas horas de la noche, he observado las apagadas luces de todos esos camiones que se arrastraban de norte a sur como una interminable serpiente gigantesca.»

Pronto se formaron socavones intransitables en la carretera helada, dura como el hierro, en cuanto entró la primavera. De manera que se apilaron a su lado grandes cantidades de piedras y grupos de soldados territoriales, acaso unos 1.000 en total, trabajaban durante las 24 horas para rellenar y aplanar los agujeros en cuanto se formaban. Con esta y otras estratagemas, la Vía Sacra se mantuvo abierta durante toda la batalla.



Pétain hacía rotar sus tropas en Verdún; en un punto de la Vía Sacra, arriba, unos van a campamentos de descanso, otros van al frente. Territoriales argelinos mantenían la carretera mediante reparaciones permanentes, izquierda.



El brillante ataque del general Nivelle en Verdún, el 2 de abril de 1916, condujo a su nombramiento como comandante en jefe de los ejércitos franceses.

Trazó un plan audaz para ganar la guerra y su confianza le hizo obtener apoyo político. Mientras los británicos atacaban en Arras, lanzó un golpe

repentino entre Reims y Soissons, el 16 de abril de 1917.

El ataque tuvo éxito inicialmente pero luego se ganó poco y los franceses perdieron a 100.000 hombres. En Francia siguió una crisis, las tropas se amotinaron y el 15 de mayo Nivelle fue destituido y sustituido por Pétain.

se pospuso más. Luego todavía otra vez, hasta que al amanecer del 21 de febrero el tiempo y la visibilidad mejoraron lo bastante como para iniciar el bombardeo.

Durante esos nueve días de demora, las tropas alemanas ocultas se mantuvieron, como animales en hibernación, en las galerías subterráneas reforzadas que habían construido metódicamente. Mientras tanto, los franceses, alertados tardíamente del peligro, llevaban frenéticamente refuerzos y más armamento. Probablemente no sea exagerado proponer que el tiempo salvó a Francia de una derrota catastrófica, porque para el 21 de febrero todavía había sólo dos divisiones francesas en posición, enfrentadas a seis alemanas y su arsenal concentrado.

El disparo inicial de la batalla se ha descrito muchas veces. Un gigantesco cañón de 38 cm, producto de la fábrica de municiones de Krupp, lanzó una granada a una distancia de 32 km. El proyectil no estaba bien apuntado, pero estalló en Verdún, derribando parte del palacio arzobispal. El bombardeo continuó durante nueve horas terribles, intensificando constantemente sus furiosos impactos.

Ramas, troncos enteros volaban por los aires, caían al suelo para ser enterrados o lanzados de nuevo al aire por explosiones sucesivas; lo mismo ocurría con piezas de maquinaria y cuerpos de hombres y caballos desmembrados. Pronto el paisaje se convirtió en una llanura lunar. Nada se movía, salvo involuntariamente por el impacto del bombardeo incesante. Toda la escena estaba cubierta por nubes de cascotes y parecía un picado de viruela.

Miembros, cabezas y troncos cortados estaban desparramados sobre un área extensa;



otros restos humanos, acompañados de harapos de uniformes, colgaban grotescamente de las ramas que quedaban. Los muertos o moribundos estaban sepultados por los escombros en donde habían caído. Muchos soldados que todavía alimentaban la dotación de sus cañones estaban manchados por las vísceras, la sangre o los sesos de sus compañeros. El bombardeo siguió hasta que, a las 16.00 h, alcanzó su intensidad máxima, infligiendo tal carga devastadora que los alemanes suponían que nada —hombres, caballos, ratas siquiera— podía haber sobrevivido.

Entonces, sobre las 16.45 h, cesó repentinamente el diluvio de bombas. Los soldados franceses, atontados por el rugido atronador, se sentían más ensordecidos por el inesperado silencio, por el que tanto habían rogado. Sabían, sin embargo, que la tranquilidad era el presagio del ataque. Pronto la infantería alemana, equipada con un arma nueva y revolu-



Infantes franceses, arriba a la izquierda, descansan al borde del camino hacia el frente.

Arriba, un cuadro dramatizado de Paul Thiriot de un contraataque francés en el pueblo de Vaux durante una nevada, el 15 de diciembre, cuando se quebraron las líneas alemanas de Verdún.

Los alemanes, izquierda, atacan Fort Vaux desde sus trincheras, en marzo de 1916. Cada trinchera estaba ocupada por tres hombres. Por esa época, los soldados alemanes se habían desprendido de la cimera de sus cascos, que podía ser un impedimento en el combate.

cionaria —el lanzallamas— avanzó en formaciones pequeñas contra los efectivos franceses, cubriendo un frente de 3,5 km entre Bois de Haumont y Herbevois, en la orilla oriental del Mosa. Los hombres de Driant, en el Bois de Caures, soportaron el primer pulso del ataque y él mismo cayó entre las víctimas.

La línea francesa estaba destruida y sus tropas casi aniquiladas, pero quedaban unos

LOS COMANDANTES

FALKENHAYN



El mariscal Erich von Falkenhayn (1861-1922), frío, introvertido e incommunicativo, fue la figura militar más enigmática que emergería durante la guerra. Al principio su carrera no fue notable, pero a principios de la década de 1900 se ganó el favor del káiser y pronto llegaron los ascensos. En 1906 fue ministro de la guerra y en 1914 sucedió a Moltke como jefe del Estado Mayor general.

La batalla de Verdún fue totalmente obra suya y, después de su resultado desastroso, fue sustituido en abril de 1916 por Hindenburg y Ludendorff y trasladado al frente del Este. Mandó las tropas alemanas en la invasión de Rumania y, en 1917, las enviadas a Palestina.

PRÍNCIPE GUILLERMO



El príncipe heredero Guillermo de Alemania (1882-1915), aunque militar profesional, no tenía experiencia práctica de guerra. Pero se dio cuenta pronto, como no lo hicieron el káiser y el Estado Mayor, que la guerra sería larga. Después de la guerra se exilió en Holanda, como su padre.

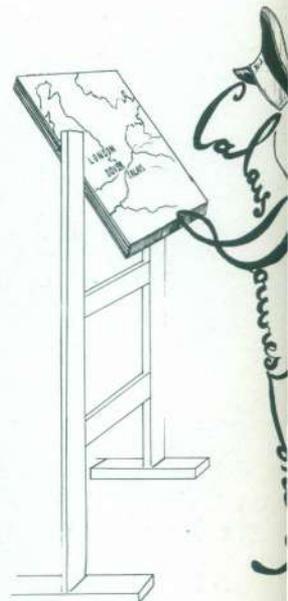
El general Henri Pétain (1856-1951) se convirtió en comandante en jefe del ejército francés, en 1917, y fue nombrado mariscal en 1918. Antes de Verdún, el ascenso había sido lento debido, en gran medida, a su mal disimulado desdén por los políticos franceses y su rechazo de la doctrina de «ataque a ultranza», que consideraba acertadamente un desastre buscado si se enfrentaba a una gran potencia de fuego.

PÉTAIN



Pétain salió de la guerra como un héroe y, durante la guerra contra Hitler, cuando Francia estaba, en 1940, al borde del hundimiento, fue nombrado viceprimer ministro, con la esperanza de que pudiera reanimar al país. Pero Pétain fue incapaz de aceptar la perspectiva de pérdidas como las de la guerra de 1914-1918 y, cuando el 16 de junio devino primer ministro, aceptó un armisticio y encabezó el gobierno de Vichy en la Francia no ocupada.

Después de la guerra fue juzgado por un tribunal francés por su colaboración con los nazis y condenado a muerte; la sentencia fue conmutada, sin embargo, por cadena perpetua por sus servicios distinguidos durante la Primera Guerra Mundial. Estuvo preso en la fortaleza de la isla de Yeu frente a la costa atlántica francesa.



El dibujo «Algo bastante sencillo según el mapa», de Alick Ritchie, apareció en la cubierta de *Bystander* el 5 de mayo de 1915. La propaganda aliada solía mostrar al príncipe heredero, el «Pequeño Willie», como un incapaz y un pisaverde. En realidad era bastante astuto en lo militar y tuvo la inteligencia de oponerse al ataque contra Verdún. Pero si debía hacerse, opinaba que había de ser simultáneamente desde ambas orillas del Mosa. A medida que aumentaban las bajas, hizo todo lo posible por parar el ataque.

pocos y, en la retaguardia, algunos más todavía. Concentrados en la proximidad de su destestado enemigo, los soldados franceses resistieron con tenacidad extrema y, para sorpresa y desazón alemana, empezaron a infligir a su vez bajas abundantes. Los combates cesaron con la llegada de la oscuridad, pero el respiro sería breve. A la mañana siguiente se reinició el bombardeo, preliminar de un ataque de infantería más fuerte a cargo de los cuerpos 3º, 7º de Reserva y 18º alemanes, en la dirección general de Fort Douaumont, el mayor en el anillo defensivo de Verdún.

El procedimiento se repitió al día siguiente, 24 de febrero, en el que los alemanes, aunque sufriendo bajas inesperadamente altas, hicieron retroceder a los franceses lenta pero irremisiblemente. El 25 de febrero los atacan-

tes obtuvieron el mayor triunfo de la batalla cuando unidades avanzadas penetraron en el gran fuerte de Douaumont y, al encontrar a muchos de los mal armados soldados franceses dormidos de agotamiento, capturaron la ciudadela sin pérdida de vidas.

A esas alturas, todo era confusión: las calles de Verdún eran escenario de un desorden total, parecido a un hormiguero espantado, mientras tropas y transportes (todos los civiles habían sido evacuados anteriormente) giraban en movimientos aparentemente inútiles. En el frente, órdenes y contraórdenes incrementaban el caos general, tal como le ocurría al sistema telefónico, muy dañado y siempre insuficiente.

El horror de la batalla y el peligro para Francia de estos primeros días se habían

adueñado finalmente de la mente optimista y satisfecha de Joffre. El general de Castelnau, mano derecha y jefe de Estado Mayor de Joffre, le arrancó el permiso de trasladar el II Ejército del general Henri Pétain para unirse con el III en Verdún, con aquel al mando de la defensa de todo el sector.

Cualquiera que sea el juicio sobre la conducta de Pétain durante la Segunda Guerra Mundial, nada podrá reducir sus logros en Verdún. «¡No pasarán!» no era sólo un grito de guerra; era un grito nacional al que respondió toda Francia. Pétain no sólo asumió de inmediato la dirección general de la batalla, organizando sus fuerzas y su creciente poder artillero, sino que ordenó sin vacilar la reocupación y el rearme de los fuertes exteriores, a los que se envió un suministro de dos

semanas de comida y agua para cada hombre. Aún más importante, puesto que las comunicaciones ferroviarias a Verdún habían sido cortadas por el fuego artillero, fue que resolviera ampliar la carretera para camiones entre Bar-le-Duc y Verdún —la «Vía Sacra»—, la única línea de aprovisionamiento del frente que quedaba.

A fines de febrero, cosa de una semana después del inicio del ataque, el avance alemán se había detenido. Sin embargo, fue una detención temporal, porque el 6 de marzo los tres cuerpos alemanes originales se vieron reforzados por los tres que los flanqueaban: el 6º de Reserva a la derecha, el 15º y el 5º de Reserva



a su izquierda. Organizaron un ataque sangriento durante todo ese mes y el siguiente, dirigido básicamente a una colina con el irónicamente adecuado nombre de Mort Homme —Hombre Muerto—, en la orilla izquierda del río, en la Côte du Poivre. Pero ahora los números de soldados y de artillería estaban más equilibrados y el renovado ataque alemán aportó poca ganancia de terreno.

Los hombres de ambos bandos morían a docenas de millares y los trenes de heridos a retaguardia se hicieron más frecuentes y atestados. Los alemanes perdían fuerte, inevitablemente, en el ataque, los franceses por su tenaz pero desencaminada determinación de combatir por cada metro de terreno. Como lo dijo Winston Churchill: «Los franceses sufrieron más de lo que la defensa necesita sufrir por su valiente y obstinada retención de posiciones particulares. Enfrentar un ataque de artillería es como atrapar una pelota de críquet. El golpe se disipa echando las manos atrás. «Ceder» un poco, un poco de agilidad,



Soldados franceses en la mugre de sus trincheras en el sector de Fort Vaux, 1916. Esta vista es típica de las condiciones predominantes en toda el área de la batalla.

El cuadro *Las murallas de Verdún*, de Lucien Jonas, extremo izquierda, presenta las pérdidas monstruosas que los alemanes también sufrieron en la batalla. Jonas era un artista francés que pintó muchos cuadros conmovedores de los horrores de la guerra, así como retratos de mandos y algunos carteles de propaganda.

Ataques alemanes contra Verdún

Los primeros ataques de infantería hacia Verdún se hicieron el 21 de febrero. Cerca de Beaumont, los alemanes emplearon por primera vez lanzallamas. Sus descoordinados ataques se hicieron primero en un lado del Mosa, luego en el otro. Eso dio a los franceses tiempo para aportar sus reservas. Después de meses de combate, los alemanes lanzaron un duro ataque contra Fort Douaumont, el mayor fuerte en el anillo de defensas de Verdún. Cuando cayó, giraron hacia el sur, hacia Fleury y Fort

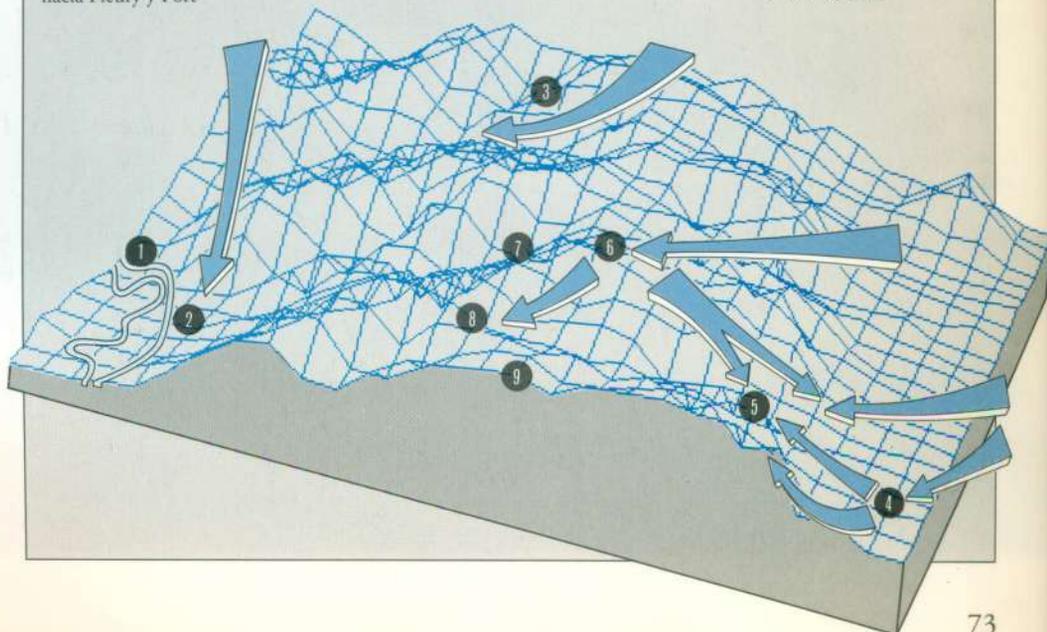


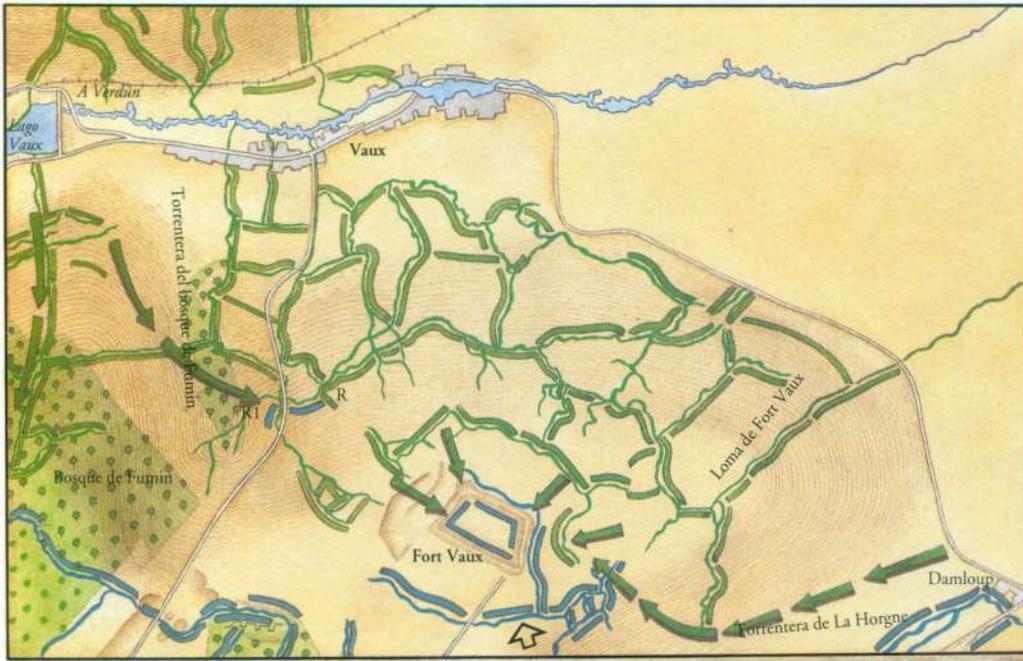
Vaux. Al mismo tiempo, otras formaciones bajaban desde el nordeste, para converger en Vaux.

Esta también cayó, pero los alemanes fueron detenidos en una línea

desde Vacherauville, al norte de Bras y Fort Souville (que nunca tomaron), a Damloup.

- 1 Cacherauville
- 2 Bras-sur-Meuse
- 3 Beaumont
- 4 Damloup
- 5 Fort Vaux
- 6 Fort Douaumont
- 7 Thiaumont
- 8 Fleury
- 9 Fort Souville





Trincheras dominadas por los alemanes
 Trincheras dominadas por los franceses

El mayor de los fuertes de Verdún, Fort Douaumont, cayó en manos de los alemanes sin lucha, el 25 de febrero de 1916, cuando la agotada guarnición de 23 hombres fue cogida por sorpresa.

El 22 de mayo, el general Mangin intentó reconquistar

Douaumont. El ataque provocó otro asalto alemán en la orilla oriental del Mosa, y el 31 de mayo los cañones pesados alemanes iniciaron un bombardeo violento de 26 horas sobre Fort Vaux. Pero su captura resultó una lucha titánica.



Hacia las 04.00 h del 4 de junio, tres días después de iniciado el asalto directo de Fort Vaux, un Nieuport 17C francés (5) sobrevoló el fuerte en vuelo de reconocimiento. El piloto vio abajo una escena de desolación.

La meseta caliza estaba cubierta de cráteres y las granadas habían destrozado los gruesos muros y techos de hormigón, abovedados como una caparazón de tortuga, del fuerte. Este techo estaba repleto de soldados alemanes (4), que apuntaron sus ametralladoras al avión.

Oleadas de infantes bávaros se habían abierto camino hasta el barranco de La Horgne (6) y el del bosque de Fumin arriba (2) desde el pueblo de Vaux (3). Todas las trincheras francesas habían sido superadas, salvo en la cresta sobre Damloup, al sur del fuerte, y el reducto R1.

Aquí, todos los ataques eran repelidos por la 8ª Compañía del 1/101º Regimiento, mandado por el capitán Delvert. Bajo cañoneo permanente, ataques con granadas, gas y lanzallamas, estos pocos hombres retenían a sus enemigos con fuego de ametralladora y fusil y, «como una barca de pesca» anclada en un mar hostil, R1 resistió hasta la noche del 8 al 9 de junio.

Dentro del fuerte, el 4 de junio, las condiciones eran duras. La pequeña guarnición se había incrementado a 600 mediante hombres que buscaban refugio. Hombres muertos y agonizantes estaban tendidos juntos en la «oscuridad de los cuarteles y del corredor principal y había una carencia desesperada de agua.

El único contacto con el exterior era mediante señales o valientes mensajeros que, de noche, se arrastraban afuera a través del foso sur (8). Cuando eso resultó imposible, el comandante Sylvain Raynal, al mando, usó sus seis palomas mensajeras para solicitar, en vano, alivio de la terrible situación del fuerte.

Los alemanes forzaron incesantemente la entrada al fuerte mediante granadas de mano y lanzallamas, pero los defensores habían bloqueado los pasajes con sacos areneros y disparaban ametralladoras a través de esas barricadas.

El comandante Raynal capituló el 7 de junio y entonces sólo porque sus hombres no habían bebido agua durante dos días en medio del calor aplastante, la oscuridad, el aire lleno de gas y humo.

En realidad, el verdadero vencedor de Fort Vaux fue la sed.



El defensor de Fort Vaux

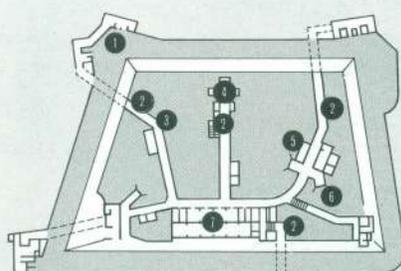
El Comandante Sylvain Raynal era un hombre de gran valor surgido de la tropa. Había sido herido grave dos veces y todavía se movía con bastón cuando se le dio el mando de Fort Vaux, el menor de los fuertes que rodeaban Verdún, pero esencial para la defensa del importante Fort Souville.

La tarea de Raynal era desalentadora. El fuerte había estado sometido a un bombardeo incesante desde el inicio de la ofensiva alemana y había sido prácticamente destruido, *abajo*. La guarnición, de unos 250 hombres, se había más que doblado con hombres que buscaban refugio y los corredores estaban repletos de heridos. Los hombres estaban atormentados por las moscas y sufrían sed: al final se vieron obligados a beber su propia orina. La foto, *bajo estas líneas*, tomada cuando los franceses reconquistaron el fuerte, da una idea de las condiciones.

Raynal cojeaba entre sus hombres, tranquilo y amable, organizando una defensa de combate. Pero el 7 de junio, cuando todos los intentos de aliviar el fuerte habían fracasado, los exhaustos supervivientes no tenían más opción que rendirse.

Poco antes de que el fuerte fuera capturado, Raynal fue nombrado comandante de la Legión de Honor; supo del premio por sus admirados captores alemanes. Más tarde, en una parada especial en los Inválidos de París, se impuso la medalla a su viuda. La valiente defensa de Raynal impresionó de tal manera al príncipe heredero Guillermo que este le devolvió personalmente la espada de oficial en señal de respeto.

Plano de Fort Vaux: 1 Foso seco. 2 Torres de observación. 3 Corredor occidental. 4 Torreta de cañón de 75 mm. 5 Letrinas. 6 Almacenes. 7 Cuarteles.



y se reduce grandemente la violencia del impacto.» Los franceses no lo entendieron así.

Los alemanes tomaron finalmente Mort Homme, pero a un coste terrible. Más y más hombres fueron enviados al combate por ambas partes; aun así, había llegado mayo cuando los franceses fueron finalmente expulsados en su totalidad de la orilla izquierda del Mosa. A esas alturas, los mandos alemanes empezaban a perder los nervios. El príncipe heredero, que nunca había estado de acuerdo con los planes de Falkenhayn, pedía inflexiblemente que se detuviera la ofensiva; el propio Falkenhayn dudaba..., cosa comprensible porque su reputación y su futuro profesional dependían del éxito en Verdún. Sólo el general Schmidt von Knobelsdorf, jefe de Estado Mayor del ejército del príncipe heredero, estaba resuelto a continuar.

Los mandos franceses también permanecían en un estado de choque que los mantenía indecisos. Pétain, un general considerado con sus hombres, fue ascendido al mando del Grupo de Ejércitos y dos generales inferiores asumieron la responsabilidad directa: Nivelles, quien llevaría el ejército francés al borde del motín en el año siguiente, y Mangin, apodado por unos «el Heroico defensor de Verdún» y «el Matarife» por otros. Al ordenar sus repetidos ataques, Nivelles y Mangin le seguían el juego a Falkenhayn y provocaron bajas horribles.

El 7 de junio, tras una semana de resistencia por el comandante Sylvain Raynal y sus 600 hombres, con un heroísmo apenas igualado en toda la guerra, cayó finalmente el fuerte Vaux. Entonces, el 20 de junio, los alemanes emplearon por primera vez un tipo nuevo de granada de gas fosgeno. El resultado fue dramático, paralizó el apoyo artillero francés y permitió a los alemanes hacer avances profundos que los llevaron a la suficiente distancia como para poder atacar la propia Verdún. Sin embargo, en realidad, el avance alemán perdía impulso.

Ya el 11 de junio Pétain había pedido a Joffre que realizara un ataque aliado en el área del Somme. Se había planeado iniciarlo antes ese año, pero el proyecto había sido inutilizado y pospuesto por el ataque de Falkenhayn en Verdún. Puesto que las tropas francesas habían sido trasladadas de sus posiciones en el Somme para reforzar a sus camaradas en peligro en Verdún, esta ofensiva fue realizada en gran medida por tropas británicas. También habían cambiado los objetivos; ahora estaba destinado a aliviar la presión sobre Verdún.

Para ese fin —si bien para nada más— resultó un éxito. El bombardeo británico en el Somme empezó el 24 de junio (el ataque de infantería comenzó el 1 de julio) y ese mismo día Falkenhayn detuvo la afluencia masiva de municiones a Verdún y canceló todos los refuerzos. El avance alemán se paralizó y, du-

rante los meses de otoño, los franceses pudieron reconquistar todo el terreno perdido previamente. Una cruel ironía de la batalla de Verdún fue que se descubrió que los fuertes exteriores, que Joffre había despojado de sus cañones por considerarlos inútiles, habían resistido casi indemnes los constantes bombardeos sufridos por ambas partes durante muchos meses.

Verdún se salvó para los franceses por la ofensiva británica del Somme. Una estima-

ción razonable es que los franceses perdieron 377.200 hombres y los alemanes 337.000, la única ocasión en la guerra en que los defensores sufrieron más bajas que los atacantes.

Pero se había quebrado la moral del ejército francés, y sus hombres estaban ya al borde del motín. También Alemania había perdido lo mejor de su juventud. Era un precio sumamente alto, incluso si se hubiese conseguido algo; pero resultó un precio intolerable por nada.

Soldados alemanes rescatan cerca de Douamont a un francés que se ha hundido hasta el pecho en un cráter de granada enfangado. A pesar del terrible derramamiento de sangre, había poca enemistad personal entre los combatientes e incidentes como éste eran bastante habituales.

Esta placa en el muro de Fort Vaux está dedicada a todas las palomas mensajeras que murieron por Francia y especialmente a la última que salió del fuerte el 4 de junio con la petición de ayuda del comandante Raynal. «Todavía resistimos, pero sufrimos un ataque por gases y humos, muy peligroso. Es urgente que nos alivien. Hagan darnos enseguida una comunicación óptica desde Souville, que no contesta a nuestras llamadas. Esta es nuestra última paloma.» El ave cumplió su misión, pero fue herida y murió más tarde, asfixiada durante un ataque con gas al palomar del cuartel general.



«Frente unitario»

Después de los amargos reveses de los Aliados en 1915, en Chantilly, cuartel general de Joffre, se hizo un nuevo esfuerzo por desarrollar una estrategia militar coherente, un «frente unitario», en palabras de Aristide Briand, el nuevo primer ministro francés. Y, cuando 1915 llegaba a su fin, pudo formularse por fin algún plan general.

Un ataque conjunto francobritánico en el Somme fue parte de esta estrategia coordinada, destinada a martillar a las Potencias Centrales simultáneamente por todos lados. Una vez que los grandes ejércitos habían quedado atrapados en matanzas insensatas en Verdún, sin embargo, el plan hubo de ser revisado. Sir Douglas Haig, comandante en jefe británico, aceptó a contrapelo adelantar del 1 de agosto al 1 de julio de 1916 la ofensiva del Somme.

Mientras tanto, Rusia había reavituallado y ampliado su ejército a un nivel sorprendente, considerando su sistema administrativo anticuado y corrupto. Ahora estaba dispuesta para lanzar un ataque. También estaba planeado un ataque italiano contra Austria-Hungría.

En Verdún no sólo se vio afectada la estrategia; también afectó a las personas. Falkenhayn fue relevado de su puesto por el káiser en agosto y sustituido por Hindenburg y Ludendorff. En Francia, Joffre, aunque desacreditado, fue nombrado asesor militar jefe del gobierno, puesto de adorno que daba menos margen a su incompetencia.

Verdún marcó una divisoria en la Primera Guerra Mundial: antes de ella, todos confiaban en poder obtener la victoria, aunque con grandes sacrificios; después de ella se hizo evidente que nadie tenía la solución para la guerra.

La batalla de Jutlandia 31 de mayo de 1916

Al estallar la Primera Guerra Mundial, tanto las minorías informadas como la opinión pública sostenían que pronto habría una gran acción naval, acaso decisiva, que enfrentaría entre sí las flotas británica y alemana. A primera vista, Gran Bretaña era indiscutiblemente, en 1914, la dueña de los mares, como lo había sido desde comienzos del siglo anterior, cuando el almirante Nelson destruyera la flota combinada francoespañola en Trafalgar (21 de octubre de 1805). Pero muchos de sus barcos, aunque más numerosos que los alemanes, estaban anticuados y carecían de los nuevos blindajes prácticamente impenetrables. En contraste, la armada alemana, creada por la ambición compulsiva del káiser, tenía barcos más nuevos y mejor armados y blindados.

No obstante, la Gran Flota británica bajo el mando del almirante sir John Jellicoe y la Flota de Alta Mar alemana, comandada por el almirante Reinhard Scheer, no se enfrentarían hasta el 31 de mayo de 1916. Los orígenes de la batalla, sin embargo, se pueden remontar al 29 de julio de 1914, antes del estallido de la guerra, cuando Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo, envió prudentemente

la flota británica a su acantonamiento de guerra en Scapa Flow, frente al extremo nororiental de Escocia. Así, la armada británica se convirtió en la fuerza dominante entre el norte de Gran Bretaña y Noruega, situada como para frustrar cualquier salida alemana al mar del Norte. La flota de Alta Mar alemana estaba bloqueada en sus puertos; no obstante, permanecían en pie dos preguntas: ¿se harían a la mar los alemanes?, y si así era, ¿cuándo?

Al igual que en tierra, las armas nuevas desarrolladas antes de la guerra debían desempeñar un papel importante en las operaciones futuras. Minas y submarinos suponían un peligro grave para un barco enemigo y los alemanes, conscientes de su inferioridad numérica en el mar, al principio decidieron desplegar éstos antes que arriesgar una gran batalla naval. No obstante hicieron varias salidas, para probar las defensas costeras británicas, ya en 1914, cuando escuadras alemanas habían bombardeado la costa de Norfolk y, más al norte, Scarborough y Whitby, en Yorkshire. Una nueva escuadra de cruceros, al mando del vicealmirante sir David Beatty, se trasladó hacia Rosyth, en el sur, el 7 de mayo de 1916, para proteger la costa oriental británica.

La ofensiva submarina alemana, en los 18 primeros meses de la guerra, estaba considerablemente contenida. En efecto, el torpedeamiento del trasatlántico *Lusitania*, también el 7 de mayo, en el que perecieron más de un millar de personas, entre ellas algunos estadounidenses, enfureció a la opinión pública mundial. Atrajo prácticamente un ultimátum del presidente de EUA Woodrow Wilson, tan

El buque insignia del almirante Scheer, el *Friedrich der Grosse*, y, delante de éste, la 3ª Escuadra de Guerra de la Flota de Alta Mar, fotografiados desde debajo de los grandes cañones de

la cubierta posterior del *Ostfriesland* hacia las 19.10 h del 31 de mayo de 1914, justo antes de que la formación se encontrara frente al centro de la Gran Flota de Jellicoe.

Batallas navales tempranas

En 1914 había varios buques de guerra alemanes repartidos por los océanos Atlántico y Pacífico. La flotilla más poderosa era la de la Escuadra del Este de Asia, con base en la costa china. Estaba comandada por el vicealmirante Maximilian von Spee.

A fines de otoño la escuadra de cinco buques de Spee se había trasladado a las islas Juan Fernández, a unas 400 millas (644 km) al oeste de Chile. El contraalmirante sir Christophér Cardock, cuya responsabilidad era vigilar el extremo austral de América del Sur, supo entonces su área de operaciones aproximada.

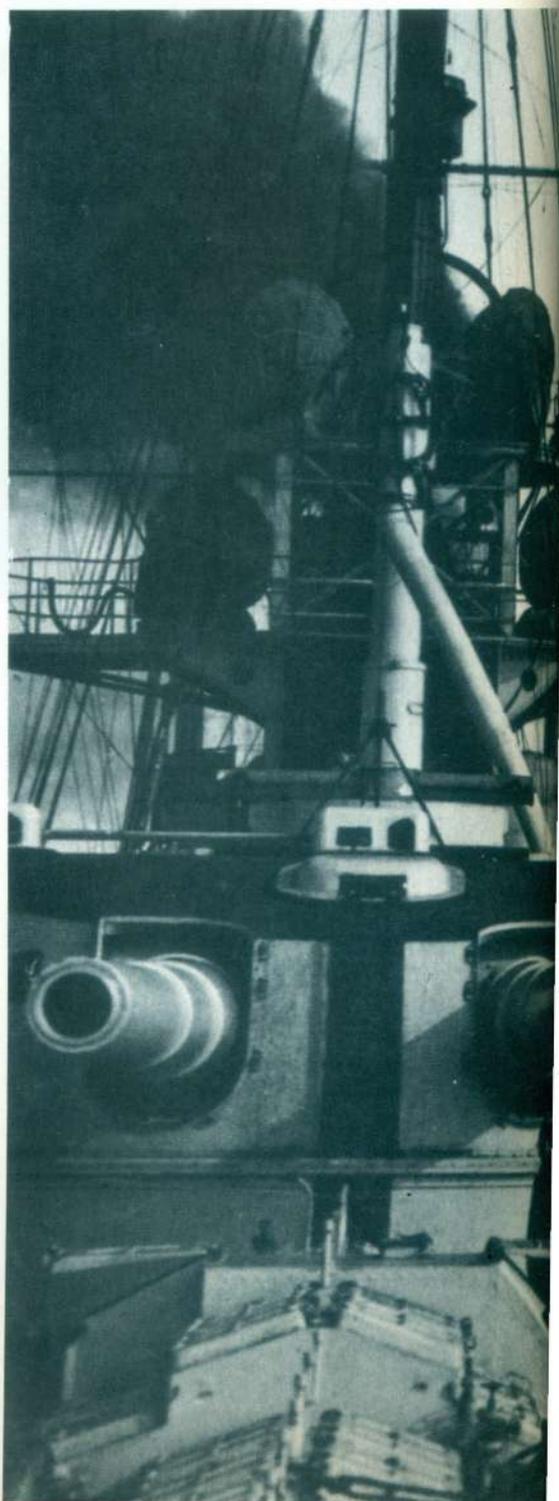
La fuerza de Cradock, con base en las islas Malvinas, comprendía dos cruceros blindados anticuados, el *Good Hope* y el *Monmouth*, ampliamente superados en armamento por la formación de Spee, el *Glasgow*, un crucero moderno, y el mercante armado *Otranto*. Aún se le había de unir el anticuado acorazado *Canopus*.

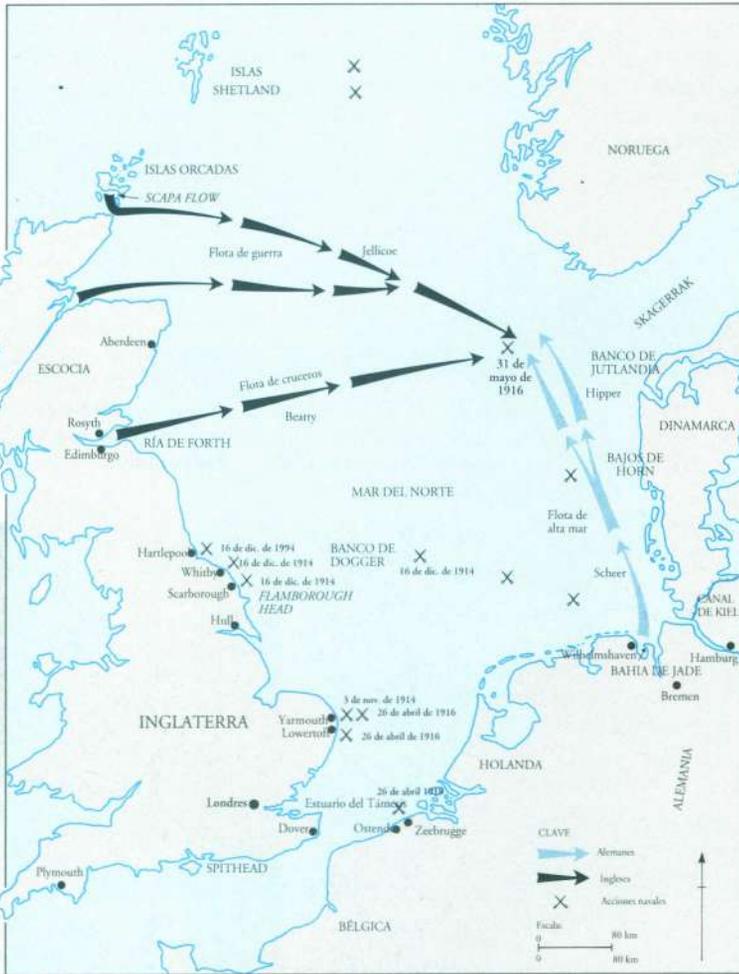
Cradock abandonó las Malvinas el 14 de octubre y navegó alrededor del cabo de Hornos para interceptar a los alemanes. Mientras tanto, Spee se movía hacia el sur a lo largo de la costa chilena y las dos formaciones se encontraron, en medio de una mar agitada, el 1 de noviembre, no lejos del puerto de Coronel. El resultado era tan previsible como inevitable: el *Good Hoop* fue hundido, como más tarde el *Monmouth*; el *Glasgow* y el *Otranto* huyeron hacia el sur, bus-

cando la protección del *Canopus*, que se acercaba a toda prisa. Los británicos perdieron 1.654 hombres, entre oficiales y marineros; los alemanes, en cambio, sólo tuvieron que lamentar dos heridos.

El desquite, sin embargo, se acercaba. El Almirantazgo había enviado dos cruceros —el *Invincible* y el *Inflexible*— al Atlántico sur, donde se les unieron seis cruceros ligeros. Esta flotilla llegó a las Malvinas el 7 de diciembre; a la mañana siguiente también llegó el victorioso Spee. Su flotilla fue tomada completamente por sorpresa cuando le dispararon los británicos y dio media vuelta.

El tiempo era muy claro, dando a los cañones británicos, ahora superiores en alcance y número, blancos claros. Spee, sabiendo que estaba condenado, ordenó a sus cruceros ligeros que huyeran hacia el sur mientras su buque insignia, el *Scharnhorst*, y el *Gneisenau* retrasaban al enemigo en un enfrentamiento desesperado. Hacia las 16.15, el *Scharnhorst* sucumbió al bombardeo incesante y se hundió; a las 17.45, después de gastar toda su munición y rajado a cañonazos, el capitán del *Gneisenau* ordenó barrenar el barco. Estos valientes esfuerzos no pudieron salvar los cruceros ligeros. Los buques británicos alcanzaron y hundieron a dos de ellos, el tercero, el *Dresden*, escapó pero fue hundido en marzo de 1915.





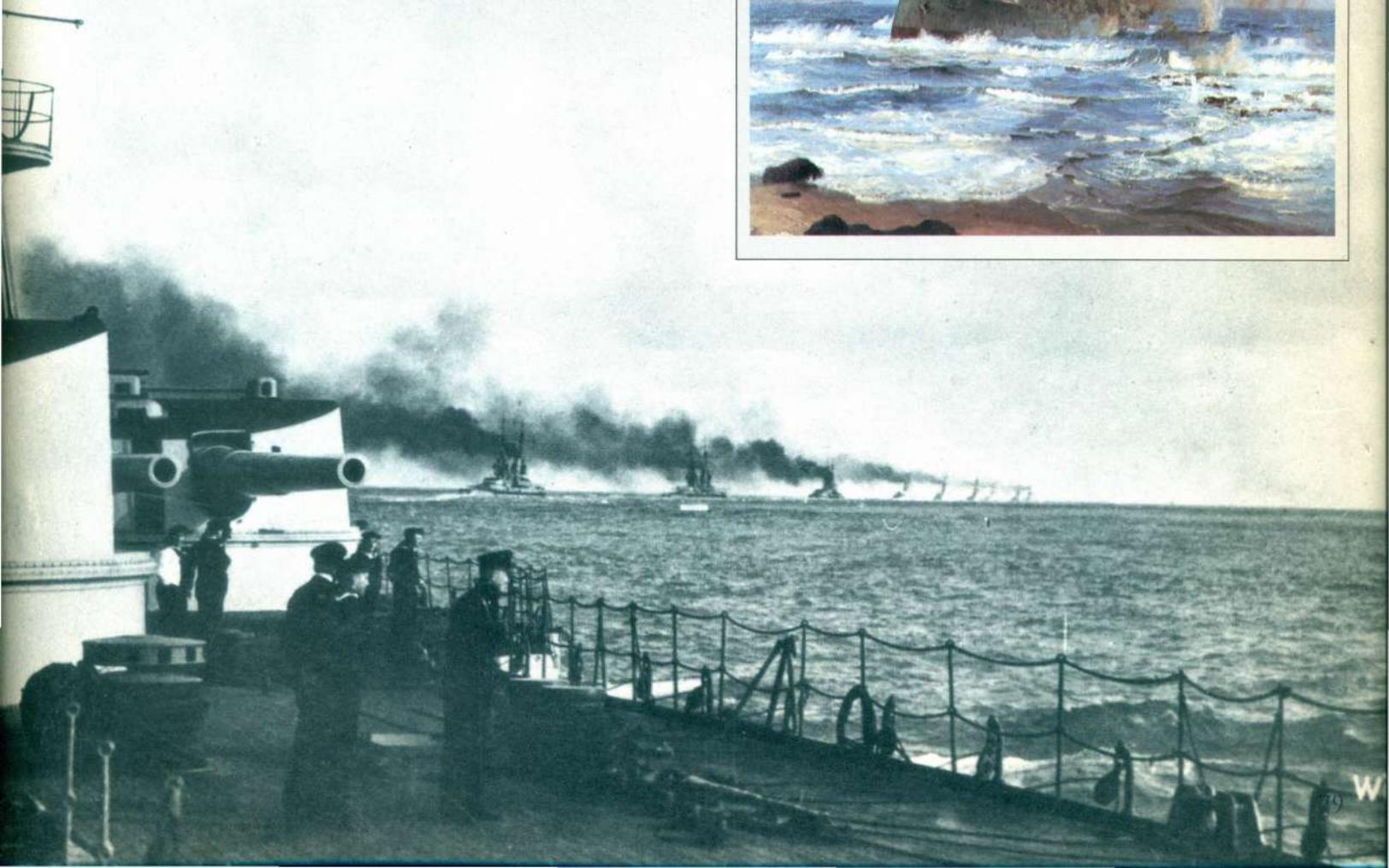
El corsario «Emden»

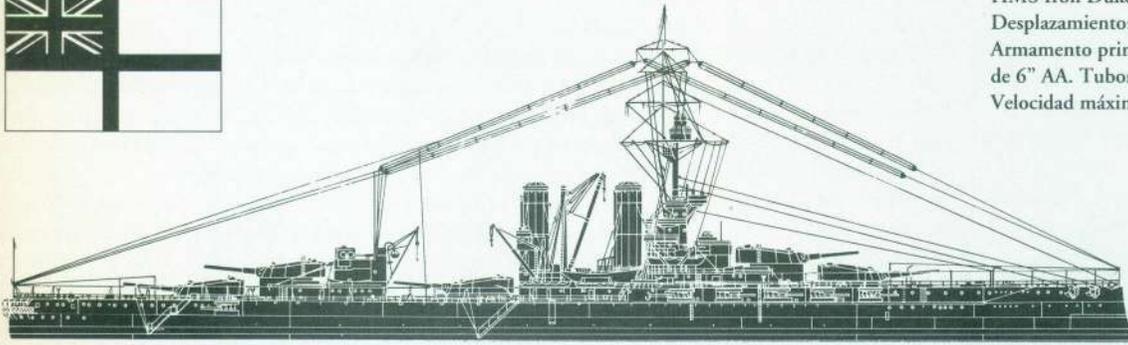
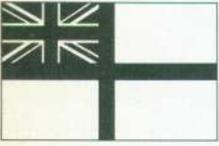
A principios de la guerra, la amenaza de corsarios alemanes en aguas al norte de Australia retrasó la partida del primer convoy de tropas Anzac a Europa. Pero para noviembre de 1914 los aliados sabían que la escuadra de Spee se había trasladado a la costa de América del Sur y sólo el *Emden* podía interceptar el convoy. A pesar de su récord de 25 mercantes y 2 buques de guerra capturados o hundidos, no era enemigo para los barcos escolta; los cruceros *Sydney*, *Melbourne* y *Minotaur* y el crucero acorazado japonés *Ibuki*.

La mañana del 9 de noviembre, el *Sydney* avistó el *Emden* y lo empujó hacia la isla de Keeling, del archipiélago de Cocos, donde había desembarcado una partida alemana para destruir las instalaciones esenciales de telégrafo y radio que conectaban los sistemas telegráficos de Australia, África e India.

Abandonando a la partida desembarcada, el capitán del *Emden*, Karl von Müller, se dirigió de inmediato a mar abierto y abrió fuego con sus cañones de 10,5 cm, destruyendo el sistema de dirección de fuego del *Sydney*. Éste se retiró fuera de su alcance y bombardeó con sus cañones de 6" hasta incendiarlo. En lugar de hacerlo estallar, Müller embarrancó su buque en un arrecife de coral y se rindió. La partida de desembarco escapó en una vieja goleta y, después de un viaje angustioso y aventurado, consiguió llegar a Arabia y finalmente regresar a Alemania.

«El *Emden* varado y vencido», de Arthur Burgess.



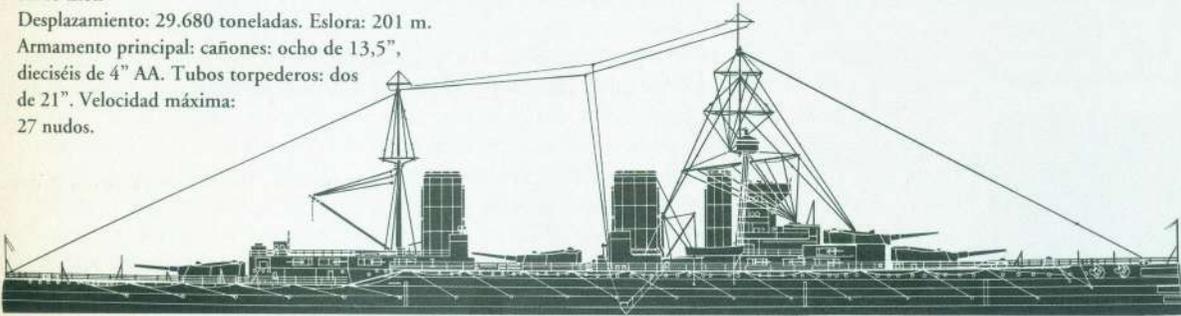


HMS Iron Duke

Desplazamiento: 30.380 toneladas. Eslora: 177 m.
 Armamento principal: cañones: diez de 13,5", doce de 6" AA. Tubos torpederos: cuatro de 21".
 Velocidad máxima: 21 nudos.

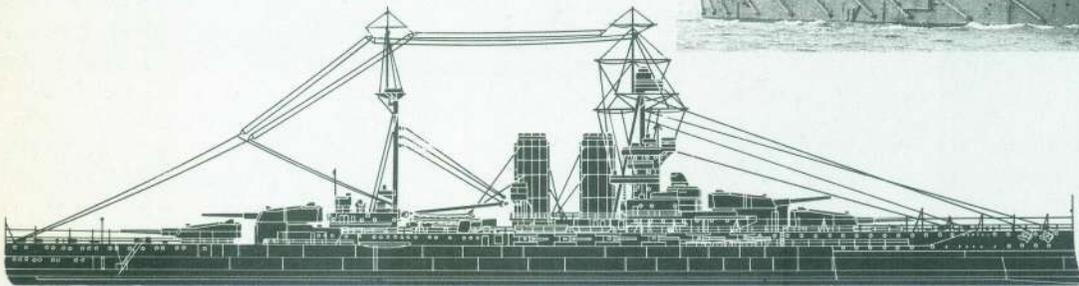
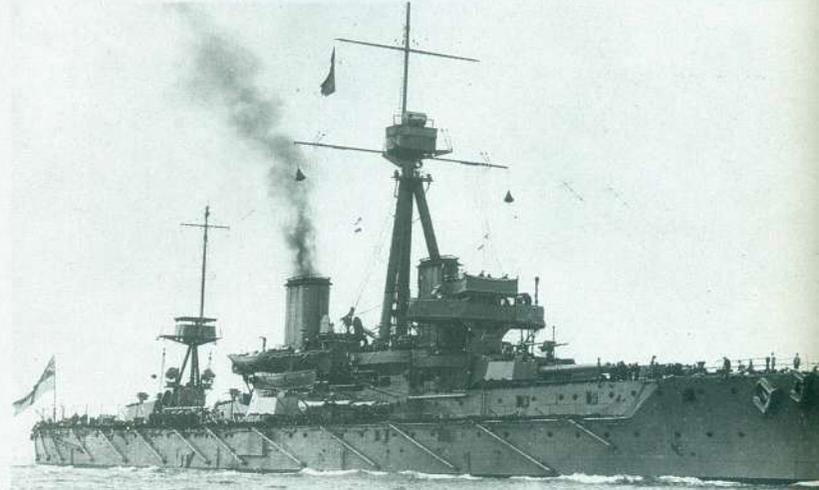
HMS Lion

Desplazamiento: 29.680 toneladas. Eslora: 201 m.
 Armamento principal: cañones: ocho de 13,5", dieciséis de 4" AA. Tubos torpederos: dos de 21". Velocidad máxima: 27 nudos.



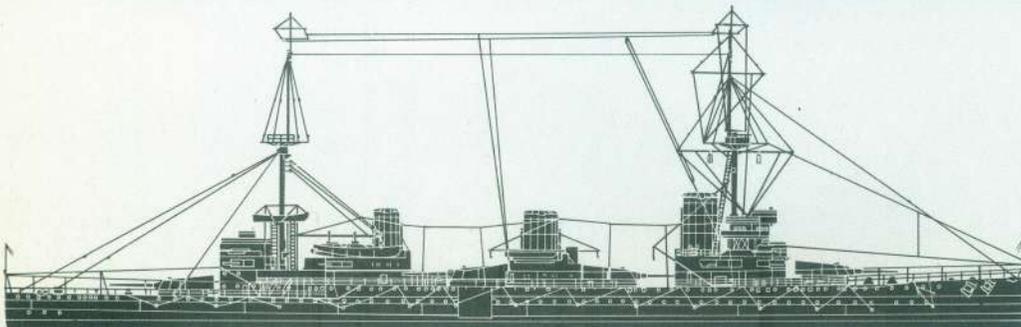
La Gran Flota, *abajo izquierda*, navegando en línea. Se alzaban globos cautivos como protección adicional contra ataques desde el aire.

El *HMS Dreadnought*, *abajo*, era el prototipo de toda una serie de buques. Fue encargado en marzo de 1909 como buque insignia del comandante en jefe de la Flota Nacional.



HMS Queen Elizabeth

Desplazamiento: 33.000 toneladas. Eslora: 183 m. Armamento principal: cañones: ocho de 15", dieciséis de 6", dos de 3" AA. Tubos torpederos: cuatro de 21". Velocidad máxima: 24 nudos.



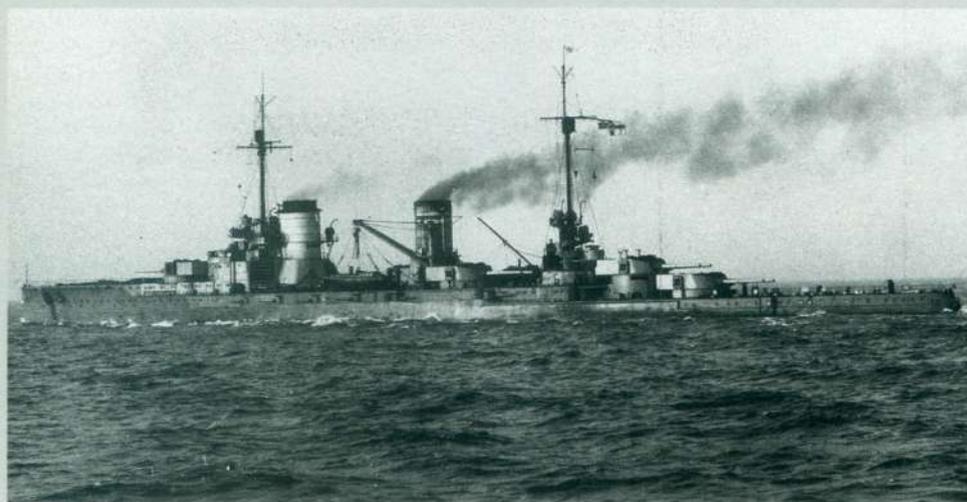
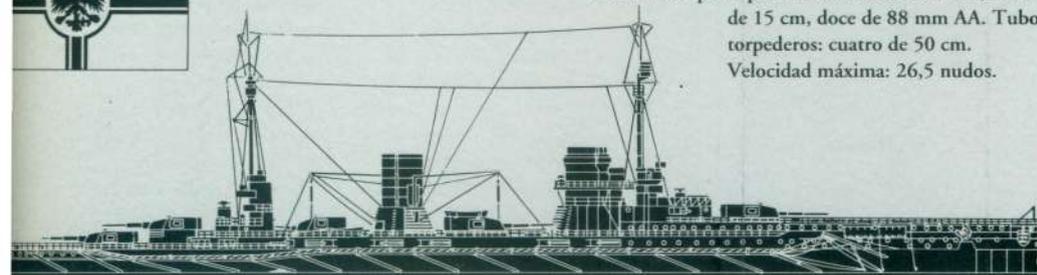
HMS Indefatigable

Desplazamiento: 18.750 toneladas. Eslora: 180 m. Armamento principal: cañones: ocho de 12", dieciséis de 4", cuatro de 3 libras. Tubos torpederos: dos de 18". Velocidad máxima: 26,89 nudos.



SMS Seydlitz

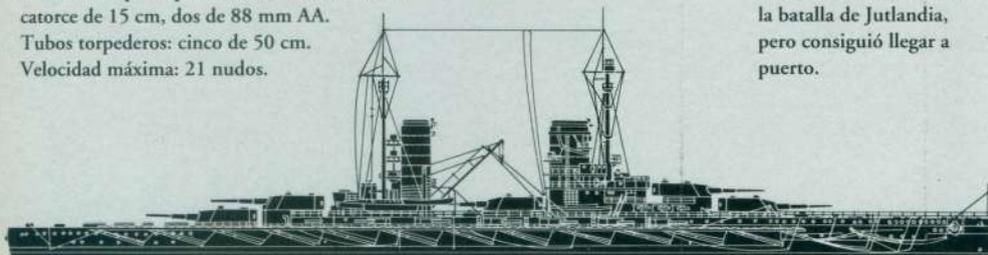
Desplazamiento: 25.150 toneladas. Eslora: 200 m.
Armamento principal: cañones: diez de 28 cm, doce de 15 cm, doce de 88 mm AA. Tubos torpederos: cuatro de 50 cm.
Velocidad máxima: 26,5 nudos.



SMS König

Desplazamiento: 28.150 toneladas. Eslora: 175 m.
Armamento principal: cañones: diez de 30 cm, catorce de 15 cm, dos de 88 mm AA.
Tubos torpederos: cinco de 50 cm.
Velocidad máxima: 21 nudos.

El SMS Seydlitz soportó más impactos que ningún otro barco no hundido en la batalla de Jutlandia, pero consiguió llegar a puerto.



El desarrollo de los «dreadnoughts»

Gran Bretaña tuvo durante muchos decenios el dominio indiscutido del mar. Entonces, hacia fines del siglo XIX, surgió Alemania como rival, al incrementar su armada para apoyar su política expansionista. Lo hacían posible sus grandes centros industriales, que para 1910 producían el doble de acero que los británicos y el triple que los franceses.

Sir John Fisher, primer lord del mar, estaba decidido a mantener la supremacía británica y planificó rápidamente el diseño de un buque de guerra nuevo, que se llamaría *Dreadnought*. Una gran ventaja era que sus motores de vapor Parsons de cuatro árboles eran más fiables y económicos que los motores anteriores y que era por lo menos cuatro nudos más veloz que cualquier otro barco de guerra. A la vez que una mayor veloci-

dad, su diseño le permitía llevar diez cañones de 12 pulgadas en cinco torretas gemelas, sin reducción alguna de su blindaje.

Lo negativo del *Dreadnought*, que dio su nombre a toda una era de acorazados, era su coste: 1.783.883 libras esterlinas. Fisher resolvió el problema hasta cierto punto desguazando muchos barcos más viejos de valor dudoso para aprovechar sus materiales.

La botadura del *Dreadnought* el 10 de febrero de 1906 enfureció y desanimó a la vez a los alemanes, que, de inmediato, ahondaron y ensancharon las compuertas del canal de Kiel con el fin de acoger buques mayores, más potentes. Se dispuso un programa naval muy ampliado. Había empezado la carrera por el dominio naval.

fuerte, que Alemania renunció temporalmente a la guerra submarina irrestricta.

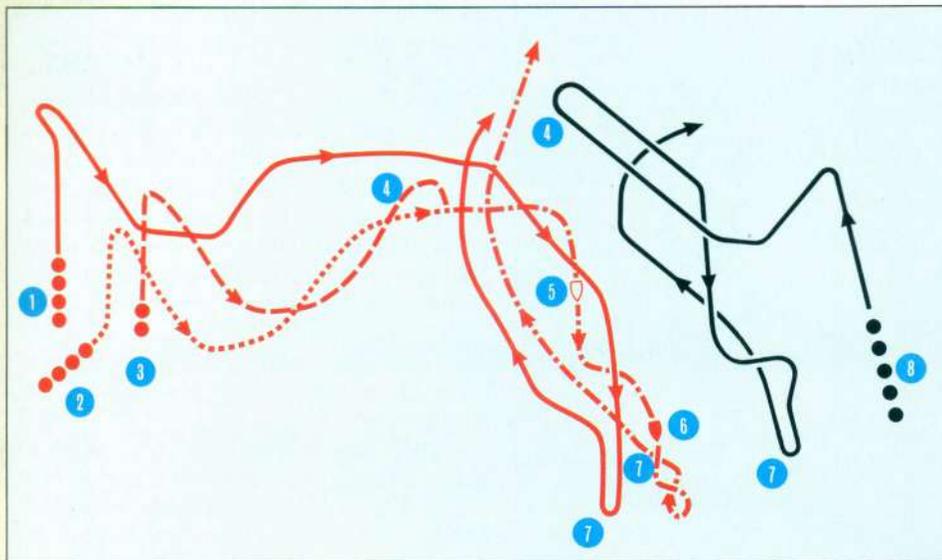
¿Qué podía hacer —y conseguir— ahora Alemania en el mar? El plan alemán era sencillo pero sutil. Scheer decidió usar de nuevo los cruceros del vicealmirante Franz von Hipper para bombardear ciudades en la costa oriental de Inglaterra; eso, creía, atraería a los cruceros de Beatty desde sus fondeaderos de Rosyth. El propio Scheer, navegando a unas 50-60 millas (80-90 km) detrás de Hipper, caería entonces sobre Beatty antes de que Jellicoe y su gran flota pudieran llegar al lugar de los hechos desde Scapa Flow, ubicada tan lejos al norte.

Desafortunadamente para Scheer, sin embargo, un raid provocador anterior de los barcos de Hipper había causado que el *Seydlitz* fuera tocado por una mina. Aunque llegó salvo a puerto, necesitaba reparaciones considerables, lo que hizo posponer la salida proyectada por Scheer.

Ese hecho tuvo dos consecuencias: los submarinos alemanes desplegados frente a Scapa Flow, con la tarea de obstaculizar a Jellicoe cuando se hiciera a la mar, se iban quedando cortos de combustible y tenían que volver a sus bases y en la nueva fecha establecida, el 31 de mayo, fuertes vientos impedirían que los dirigibles volaran en reconocimiento por delante de la Flota de Alta Mar. Scheer, por tanto, adoptó un plan alternativo concebido con anterioridad.

En la tarde del martes 30 de mayo de 1916, la Gran Flota británica salió de sus bases para uno de sus recorridos de reconocimiento habituales por el mar del Norte. A primera hora del día siguiente —31 de mayo— la Flota de Alta Mar alemana también salió de sus puertos en la bahía de Jade. Los cruceros, cruceros de bolsillo y destructores de Hipper navegaban hacia el norte, paralelos a la costa danesa, con la intención de atacar mercantes frente a Noruega. El objetivo era atraer a Beatty, con el fin de atrapar y destruir una pequeña parte de la armada británica, antes de retirarse a sus refugios en los puertos de la costa alemana. Mientras tanto, Scheer, que había reducido la distancia entre las dos flotas alemanas a sólo 20 millas (32 km), estaría cerca, detrás, y también en buena posición para golpear a Beatty, en inferioridad numérica.

De nuevo, y por mala suerte para Scheer, los británicos poseían una copia del código naval alemán y sabían, minuto a minuto, los movimientos de sus barcos. Así Jellicoe, en su buque insignia, el acorazado *Iron Duke*, y Beatty desde su crucero *Lion* conocían perfectamente los acontecimientos y establecieron sus rumbos como para interceptar la flota alemana.



- 1 5ª Escuadra de Combate Evan-Thomas
- 2 1ª Escuadra de cruceros Beatty
- 3 2ª Escuadra de Cruceros Packenham
- 4 Las flotas se avistan mutuamente

- 5 16.02 El *Indefatigable* hundido
- 6 16.26 El *Queen Mary* hundido
- 7 17.00 h
- 8 Flota de cruceros alemana de Hipper

A última hora del 30 de mayo de 1916, la Gran Flota británica, comandada por el almirante Jellicoe, inició un barrido a través del mar del Norte. A la mañana siguiente, la Flota de Alta Mar alemana partió de sus bases y navegó rumbo al norte, el

vicealmirante Von Hipper y sus cruceros de batalla en vanguardia, el almirante Scheer y sus acorazados unas 20 millas (32 km) detrás.

El vicealmirante David Beatty, que comandaba la 1ª Escuadra de Cruceros, avistó la fuerza de Hipper sobre las 15.30 h y viró hacia ella. Al poco, las dos flotas navegaban aproximadamente paralelas, separadas unas 10 millas (16 km), con rumbo SSE. La feroz batalla de 80 minutos se inició a las 15.48 h.

El mar estaba en calma, con poco viento, y la visibilidad era buena. Pero el aire se espesó casi inmediatamente con el humo de los cañones, de las chimeneas y de los buques ardiendo.





GRAN FLOTA BRITÁNICA

24 Acorazados
1ª Escuadra de combate: *Marlborough Revenge Hercules Agincourt Colossus Collingwood Neptune St Vincent*
2ª Escuadra de Combate: *King George V Ajax Centurion Erin Orion Monarch Conqueror Thunderer*
4ª Escuadra de Combate: *Iron Duke Royal Oak Superb Canada Benbow Bellerophon Téméraire Vanguard*

9 Cruceros de guerra *Lion Princess Royal Queen Mary Tiger New Zealand Indefatigable Invincible Indomitable Inflexible*

4 Acorazados rápidos *Barham Valiant Warspite Malaya*

8 Cruceros

23 Cruceros de bolsillo

81 Destruyores

1 Portahidroaviones *Engadine* 1 Minador



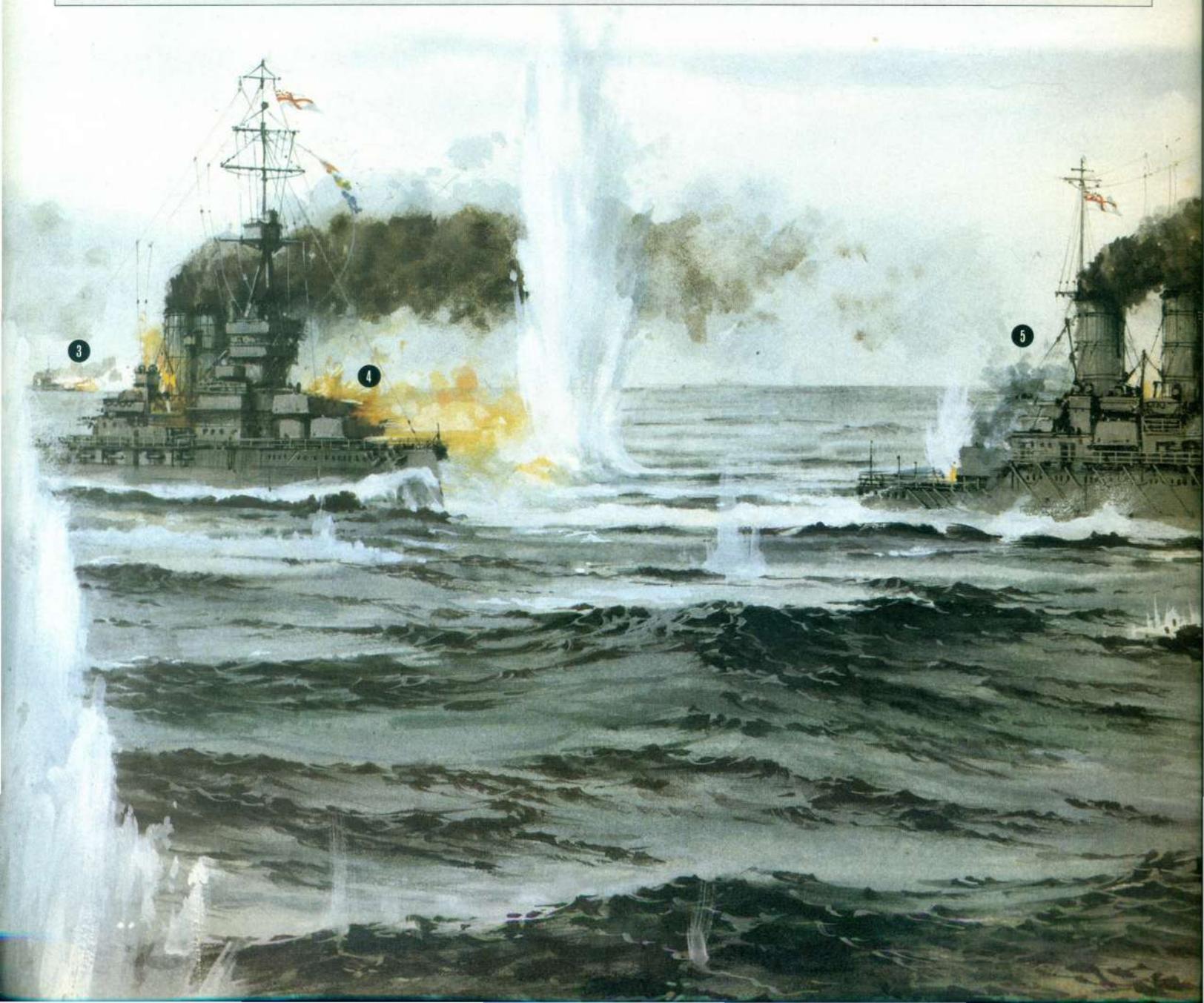
FLOTA DE ALTA MAR ALEMANA

22 Acorazados
1ª Escuadra: *Oldenburg Helgoland Thüringen Ostfriesland Westfalen Nassau Rheinland Posen*
2ª Escuadra: *Pommern Hessen Deutschland Schleswig-Holstein Schlesien Hannover*
3ª Escuadra: *Markgraf Kronprinz Wilhelm König Grosser Kurfürst Friedrich der Grosse Prinzregent Luitpold Kaiserin Kaiser*

5 Cruceros de combate: *Derfflinger Lützow Von der Tann Moltke Seydlitz*

9 Cruceros de bolsillo

63 Destruyores y torpederos



A las primeras andanadas, los buques de ambos bandos quedaron rodeados de grandes surtidores de agua mientras los artilleros afinaban el tiro. Los buques alemanes, pintados de gris claro, eran blancos difíciles porque se difuminaban sobre el horizonte, mientras que los barcos británicos, con su pintura gris oscura, se destacaban nítidamente ante el sol occidental.

Los cañones alemanes encontraron rápidamente el alcance. A las 16.05 h quedó tocado el *Indefatigable*, estalló su santabárbara y se hundió; sólo se salvaron dos hombres de su tripulación. Pronto, la mayoría de los barcos de Beatty habían sido tocados. A las 16.26 h, tocado por cinco granadas, estalló el *Queen Mary* (2). Lanzó una tremenda llama roja oscura, una columna de humo se alzó 250 m en el aire y cayeron restos sobre las cubiertas de los barcos cercanos. El buque y su tripulación, de 1.266 hombres, desaparecieron.

El buque insignia de Beatty, el *Lion* (6) estaba severamente dañado por cinco impactos y la sala de telégrafos estaba destruida, de manera que había que dar las señales con banderines. Luego otro impacto dio en la torreta Q, en el centro del buque, pero la acción heroica del comandante Francis Harvey, de la infantería de marina, impidió que la llama alcanzara la santabárbara debajo del cañón. A pesar de estar mortalmente herido, ordenó que se inundara la santabárbara, salvando así el buque de un desastre seguro.

Después de tres impactos, las torretas de proa y de popa del *Princess Royal* (5) estaban fuera de servicio, mientras que el *Tiger* (4) había sido tocado cuatro veces y sólo disparaba intermitentemente. Sólo el *New Zealand* (1), que se salía de la línea para evitar el *Queen Mary* tocado, se mantenía ileso en ese momento.

Los cruceros alemanes, conducidos por el *Lützow* (7), el buque insignia de Hipper, también habían recibido un castigo. El propio *Lützow* había sido tocado una vez por el *Lion*. Tras él, el *Derfflinger* y el *Seydlitz* estaban tocados y el *Von der Tann*, el último en la línea, tocado en la popa y difícil de maniobrar, sólo tenía dos cañones disparando todavía.



Beatty había iniciado la acción con una ventaja de seis cruceros a cinco; ahora estaba en inferioridad de cuatro a cinco. Pero su

peligrosa situación fue resuelta por la llegada por el noroeste de la 5ª Escuadra (3), comandada por el vicealmirante Evan-Thomas.

Los acorazados rápidos *Barham*, *Valiant*, *Warspite* y *Malaya* atacaron de repente los últimos buques de Hipper, y el *Moltke* fue tocado de inmediato. Beatty envió al combate a 12 destructores, de manera que el *Lion* y sus seguidores pudieran virar a estribor para aumentar la distancia y dar tiempo para apagar los incendios.

A las 16.42, Beatty avistó a Scheer y sus acorazados al sudeste. De cazadores, los británicos se habían convertido en cazados. Beatty viró a un rumbo más al norte, tanto para huir de su enemigo más numeroso como para atraer a Hipper hacia la flota de Jellicoe, que ahora venía hacia el sur.





EN EL PRÓXIMO TOMO

La batalla de Jutlandia (*continuación*)

La Ofensiva de Brusilov - *Junio-septiembre de 1916*

La batalla del Somme - *Julio-noviembre de 1916*

La batalla de Messines - *Junio de 1917*

La batalla de Passendaele - *Julio-noviembre de 1917*